

JOSÉ ALEGRE

Maestro Nacional y Profesor Mercantil

MARIANISTA

—•••—

PEDRO MARTÍNEZ

Licenciado en Filosofía y Letras

MARIANISTA

—•••—

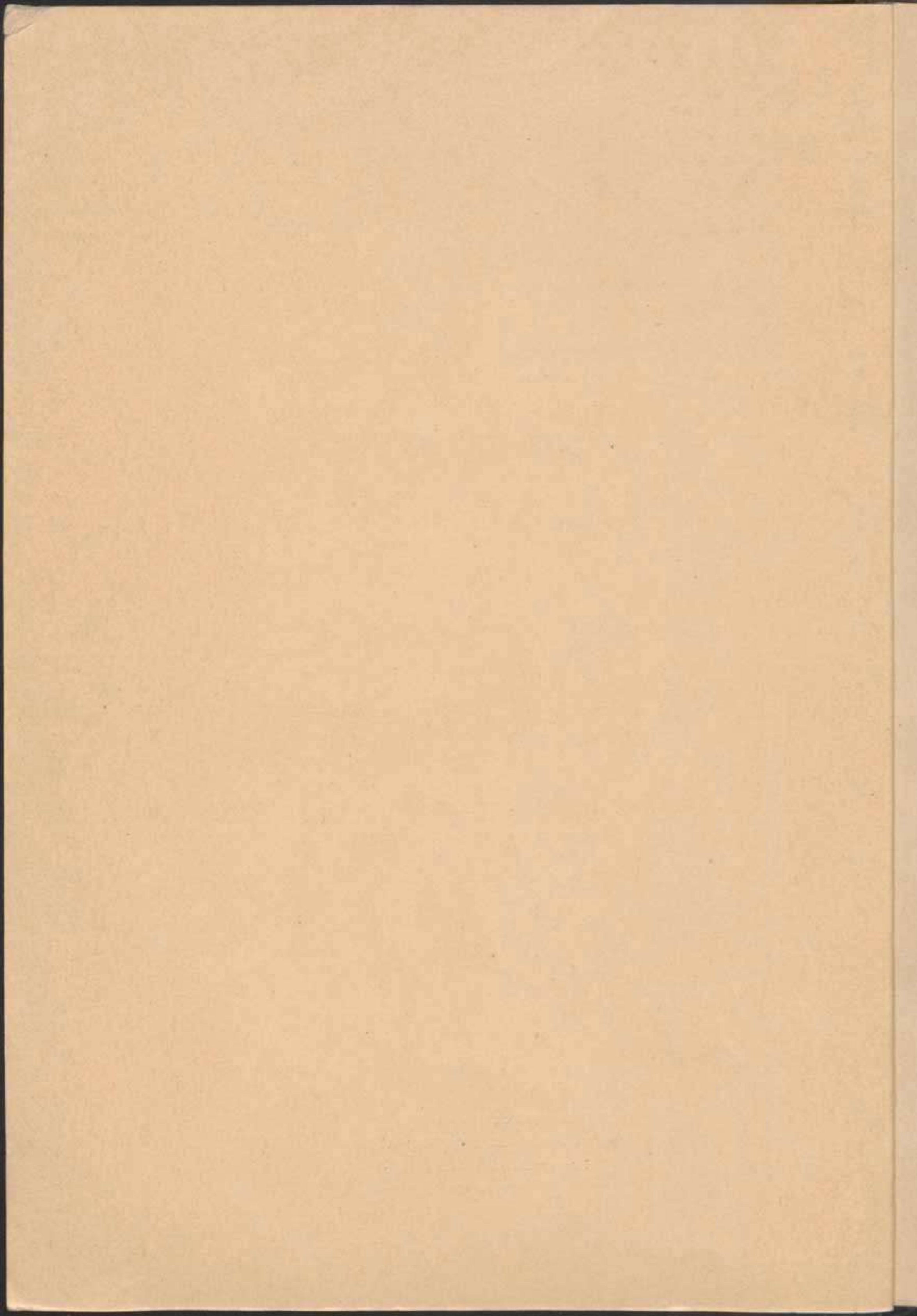
Segundo Libro de Lectura

PRIMERA PARTE



MADRID
IMP. DE HIJOS DE BENIGNO AYORA
Concepción Jerónima, 15 y 17

1926



R. 293

JOSÉ ALEGRE

Maestro Nacional y Profesor Mercantil

MARIANISTA

—••••—

S = 47 LE-3778

PEDRO MARTÍNEZ

Licenciado en Filosofía y Letras

MARIANISTA

—••••—

D-71

Segundo Libro de Lectura

PRIMERA PARTE



MADRID
IMP. DE HIJOS DE BENIGNO AYORA
Concepción Jerónima, 15 y 17
1926

173

Nihil obstat:

DR. JUSTO PÉREZ CERRADA
Censor.

Madrid 28-IX-25.



Imprimase:

DR. J. FRANCISCO MORÁN
Vic. Gen.



Segundo Libro de Lectura

Jesús, el amigo de los niños

Un día Jesús, después de haber dejado confundidos con sus sapientísimas respuestas a algunos fariseos que, según costumbre, habían venido a interrogarle, no tanto por aprender como por sorprender en él alguna palabra sospechosa por la que pudieran culparle, se retiró a su casa. Entonces fué cuando los Apóstoles le pidieron les explicase algunas de las cosas que habían oído días antes. Cuando he aquí que de súbito se presentan y penetran en la estancia varias mujeres que llevaban en brazos y conducían de la mano a sus hijitos, a fin de que Jesús los bendijese.

—¿Qué es esto? — les dijeron los Apóstoles, algún tanto irritados al verse interrumpidos en su conversación con el Maestro. — Idos, idos de aquí, no es éste el momento oportuno; el Maestro está ocupado en más importantes asuntos. Atrás, atrás; dejadle en paz un poco; tiempo habrá de que bendiga a vuestros hijos.

—No, no es así, queridos míos—interviene con dulzura el buen Jesús, a quien no agradaba aquel indiscreto y mal entendido celo. — Dejad que esas mujeres me traigan sus pequeñuelos; bien sabéis cuánto los amo. Venid, venid, queridos niños... A vosotros, pues, os repito que no impidáis a ninguno venir a Mí cuando quiera que lo desee, especialmente a los pequeñuelos,



esos queridos amores de mi corazón. Venid, venid, pues; acercaos; dejad que os abrace, que os estreche contra mi pecho, que os bendiga. ¿No veis, continuó volviéndose hacia los Apóstoles, su encantadora sencillez; cómo en sus ojos se refleja la inocencia de su alma? ¿Y queréis alejarlos de Mí? De estos angelitos es el reino de los cielos; dejad que se acerquen; no los asustéis; no los amedrentéis.

Una madre modelo

Estando un día la Reina doña Blanca de Castilla, madre de San Luis, Rey de Francia, entusiasmada, cubriendo de caricias a su hijo; y considerando que el alma de aquel inocente era, sin comparación, más hermosa que su cuerpo, por estar adornada con la gracia santificante, llena de una fe viva: «Hijo mío, exclama, estampándole un beso en la frente, preferiría mil veces verte privado de la vida temporal que de la inocencia; primero muerto que manchada tu alma con el pecado mortal».

El inocente pequeñuelo no comprendía entonces lo que su madre decía. Cuando creció en edad y llegó a ser Rey, argumentaba del mismo modo que su santa madre. Estando en Oriente combatiendo contra los infieles, preguntó un día a su Condestable: «¿Qué escogerías tú, la lepra o un pecado mortal? — Majestad, el pecado mortal, replicó éste.» El santo Rey calló. Al día siguiente le interroga nuevamente: «Cuando muere el leproso ¿continúa molestándole la lepra? — No, señor, responde el Condestable; la muerte pone fin a todos los males del cuerpo.— Y si muere uno en pecado mortal, ¿cesarán los efectos del pecado? — De ningún modo; el pecado no cesa jamás, puesto que el alma no muere. — Te explicas bien; tu respuesta es exacta, replica el Rey. Pero, dime: ¿cómo es que ayer, de los dos males, preferías el pecado a la lepra?»

El Condestable no pudo menos de reconocer su error. Las sublimes enseñanzas de la Reina madre habían quedado impresas en el alma del hijo y habían dado fruto a su tiempo.

La Madre

Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre? Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo caricias». ¿Sabéis lo que quiere decir que no tiene madre? ¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano. Veis dos niños jugar alegres a la puerta de una casa: los dos tropiezan a un mismo tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que le besa sus mejillas. Ese tiene madre. El otro espera en vano: se levanta poco a poco; él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va a confiar a la pared más cercana sus sollozos. Ese no tiene madre. El que no siente humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.



Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si se mueren, no sé cómo no se los llevan consigo. ¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra. No sería difícil conocer a los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol. Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor. El niño se va alejando del cielo en la proporción que se va alejando de su madre.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia. El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, o al más atrevido, o al más robusto, o al más inteligente, o al más inquieto. La madre, al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás. Esa es la madre. Semejante sentimiento no puede ser humano. Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre. Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve, es para él insondable: no sabe dónde empieza y dónde concluye. El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

Viene en este momento a mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera. El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto, forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pasa en la tierra, anuncia las revoluciones de los astros y hace la de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios. No podemos negar nuestro asombro a este cúmulo de maravillas... ¿Qué es una madre? Una cosa que el niño ama y el hombre olvida. Un amor hecho a prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes. Un corazón que no se cansa nunca de sufrir. Un alma que no deja ni un momento de querer... —*José Selgas.*

Un día de luto en mi familia

Fuimos tres en mi familia: Carlos, Alfredo y yo; nos queríamos con delirio; jamás había entre nosotros la más leve disputa. Carlitos era bondadoso y amable con todo el mundo, pero de un modo especial con Alfredito. ¡Dios mío! Parecía como si presin-

tiese que muy pronto iba a dejarlo, y en forma bien trágica, por cierto. Carlos yacía en el lecho del dolor; Alfredo se le acercaba, inconsciente del peligro en que se hallaba su hermanito. Le llamaba por su nombre; y como no obtenía respuesta alguna, se retiraba sumamente impresionado. Una de las veces me llama aparte, muy preocupado, y me pregunta: «Luisa, ¿has visto? Carlitos no me contesta. ¿Por qué está tan callado y no se ríe? ¿Te lo dijo mamá? — ¡No, hombre, no! Estáte callado, y cuando vayas junto a Carlos habla en voz baja, porque está muy malito; tiene pupa. — No es verdad; Carlos está bueno; mamá dice que nunca estuvo enfermo. — ¡Está bueno! ¿No te digo que tiene pupa? — ¿Como la que yo tuve el otro día en este dedito? — ¡Cá! La pupa de Carlitos es mucho, mucho mayor; ni oye, ni puede hablar. El médico dice que no se curará.—Entonces ¿tendrá que estar en la cama y sin hablar?— No, Alfredito; Carlos se morirá pronto.»

Prorrumpí en amargo llanto. Alfredo quedó como petrificado. De repente va corriendo hacia su madre, que estaba junto al lecho de su hijito querido: «Mamá, ¿es verdad que



Carlos va a morir?—Estáte callado, hijo mío; vete de aquí; anda, y sé bueno; ve a decir a Luisa que te haga rezar al Niño Jesús.»

Vuelve otra vez a mi lado: «¡También mamá está llorando!» me dice en voz baja. Toda esperanza había desaparecido, y Carlos expiró a primera hora de la noche. ¡Qué llanto tan amargo en toda la casa! Alfredo se durmió con toda placidez; y mientras tanto mi madre y yo arreglamos el cuerpecito de Carlitos.

«Hija mía, me decía mi pobre madre sollozando; ¡qué sacrificio tan inmenso me pidió el Señor!... ¡Que mejor hubiera sido no haber tenido este hijo querido, si había de perderlo tan pronto y en esta forma! — Mamá, un gran vacío se produce en esta casa con la muerte de Carlitos, es verdad; jamás podremos olvidarle. Pero él está ya en el cielo rogando por nosotros. Eso es lo que tú me enseñaste; esto es lo que dice el catecismo. — Y ése es el

único lenitivo que conforta mi afligido espíritu. Tenía aquí en la tierra al hijo de mi vida, y era feliz; lo he perdido, mi dolor es inmenso; pero sé que está en el cielo; sé que se lo restituí a Dios, de quien lo había recibido; sé que tengo un hijo entre los ángeles... ¡Ay! ¡le volveré a ver, sí!»

Habíamos procurado que Alfredito durmiera más de lo acostumbrado. Así que cuando se despertó, ya lo habíamos arreglado todo. Vestimos a Carlos con una túnica de finísimo lino blanco, que yo misma hice, ceñida con un cinturón azul celeste, y con el nombre de Jesús bordado sobre el pecho. Sobre la cabeza le pusimos una corona de flores, y con flores cubrimos también el resto de su cuerpecito.

Apenas Alfredo se levantó de dormir, se fué corriendo a la habitación de Carlos, creyendo encontrarle en su camita, y sin que sospechase nada de lo ocurrido. Allí estábamos mamá y yo. Mamá, apenas le ve venir hacia ella con su carita risueña e inocente a darla un beso y los buenos días, lo abraza sollozando. «¡Buenos días, hijo de mi alma!» dice, y prorrumpe en amargo llanto. ¡Ver aquel hijo tan vivaracho y alegre como pocos días antes veía también a su Carlitos!

«¡Qué hermoso está Carlos! grita Alfredo, batiendo palmas con sus diminutas manos. ¡Qué vestido tan bonito! ¡qué lindas flores! Mamá, mira cómo duerme. —Estáte calladito, hijo mío.— Ven aquí, dice Luisa; vente fuera conmigo. Mira, Carlos no está dormido; está muerto. —Muerto. ¿y por qué? — Porque tenía pupa. — ¡Qué mala es la pupa! ¿Por qué no la echa mamá de casa?»

«—Luisa, dice su madre; por Dios, llévate pronto de aquí a ese niño, que me aflige sobremanera oírlo.» Luisa con cariño induce a Alfredo a que vaya con ella, que le contará cómo murió Carlitos. Alfredo la sigue. «Ayer noche, apenas te fuiste tú a dormir, mamá y yo estábamos junto a la camita de Carlos, cuando de pronto vemos bajar un ángel del cielo. ¡Qué hermoso era! Buen ángel, le decimos nosotras, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Qué quieres? — A buscar a Carlos, Jesús le quiere a su lado en el Paraíso. —¿Y Carlos se fué? — Sí, y muy contento de irse con Jesús, y nosotras no podíamos decir que no al ángel; y así que le cogió, y se fué con él.—¿Y qué va a hacer en el cielo?—Estar con Jesús

y gozar con los ángeles y con los demás niños que están en el Paraíso. — Luisa, también yo quiero ir; pero tienes que venir tú conmigo. — Alfredito, no digas eso; mejor es que digamos que Jesús haga lo que quiera. Esperemos, sin embargo, que por ahora no nos llevará a ninguno de los dos, porque de otro modo papá y mamá se quedarían muy solos en casa. — Bueno; pues entonces puedes ir tú, que yo quedaré con mamá. Pero no, tú tampoco debes irte, porque tienes que acompañarme a paseo, y prepararme el huevo, de noche, antes de irme a la cama. — Sí, Alfredito; yo quedaré contigo, pues tú tienes que sustituir a Carlos y ser muy bueno, como lo era él. Tú ya sabes que Carlos no lloraba nunca, y tú siempre estás llorando; él obedecía siempre a mamá, y tú debes hacer lo mismo; jamás me estropeaba los libros, y tú los estropeas todos. Tienes que ser muy bueno. Mira, los ángeles vinieron por él precisamente porque era bueno, y para que no se hiciese malo.»

Visita a una casa rectoral

La iglesia y la casa rectoral estaban un buen trecho más allá, en una angostura sombría y húmeda. Todo dormía en el silencio más completo cuando el joven sacerdote llegó. Las gallinas picoteaban delante de la casa; un gato rabón se lavaba la cara sentado sobre la paredilla de la huerta; y un mastín, desorejado, dormía de bruces sobre la tabla del hórreo vecino de la casa. Este mastín fué el encargado de romper la paz de aquel paraje, alzándose iracundo contra el recién llegado, ladrando con un grito ronco, apagado, testimonio de su decrepitud. El P. Gil detuvo el paso, y comenzó a decir en tono dulce y persuasivo: «¡Toma, toma! ¡Quis, quis!» Que si quieres. El mastín, viendo al recién llegado achicarse, se creció horriblemente. ¡Guau, guau! gritó, buscando el registro más feroz y amenazador que pudo hallar en su pecho. Al mismo tiempo clavaba una mirada de exterminio en el joven sacerdote, y avanzaba, aunque con cierta cautela, hacia él. Este, aterrado por aquellos ladridos salvajes,

dió tres o cuatro pasos atrás, y extendió el brazo con el paraguas, que traía para quitarse el sol, hacia adelante. Paraguas, recurso de los cobardes, debió pensar el mastín. Y se encrespó de tal modo, que no lo hubiese pasado bien el clérigo, a no salir a la puerta una viejecita chillando: «¡Cuco! ¡Cuco! ¡Aquí, Cuco! ¡Fuera, Cuco! ¡Maldito perro! ¡Aquí, aquí; ven aquí!»

El perro vaciló un instante, dejó de ladrar y mostró bastante claramente la resolución de volverse otra vez a dormir como si no hubiera pasado nada. Pero la viejecita no se dió por satisfe-



cha; exigía un acto de sumisión:

«¡Aquí, Cuco, aquí; ahora mismo!»

El Cuco bajó la cabeza humildemente y emprendió hacia ella una marcha lenta, penosísima, como si el camino estuviera erizado de peligros. «¡Aquí, venga usted aquí! — Me trata de usted. ¡Malísimo!» se dijo el perro, a quien no hacía efecto el tratamiento. Y avanzó con mayores precauciones aún, asegurando bien la pezuña a cada paso que daba, meneando el rabo de un modo vertiginoso. «¡Aquí, aquí!» seguía gritando la vieja.

Por fin, a una velocidad máxima de seis pasos por segundo, llegó el Cuco a su destino. La vieja le cogió por la parte de oreja que le quedaba, y dió tres o cuatro tirones con fuerza. El perro lanzó un aullido de dolor. Luego le cogió por la otra, y otros tantos tirones. Mayor y más triste aullido aún; y el mastín volvió de nuevo hacia la tabla del hórreo.

«Buenas tardes, D. Gil», dijo la vieja, cambiando súbito la expresión colérica por otra sonriente, melosísima, dando muestras de que le conocía. El P. Gil respondió muy cortésmente y preguntó por D. Restituto. «Pase usted, señor cura, iré a llamarle» — *P. Valdés.*

El cocodrilo

El cocodrilo es el rey del mundo de los reptiles. Cuando joven, come peces; pero al paso que crece, se alimenta de carne, y mata y se come así a los animales como a las personas. Coge a sus víctimas con sus terribles mandíbulas, las arrastra al agua y las ahoga. A fin de poder hacer esto sin el menor peligro personal, la Naturaleza le ha provisto de una cabeza y una garganta especiales. Debe respirar el aire lo mismo que nosotros, y si permanece mucho tiempo debajo del agua, perece asfixiado. Pero, prolongándose las ventanas de su nariz hasta el extremo del hocico, puede mantener casi ambas quijadas dentro del agua, y respirar, sin embargo. Cuando ha cogido a una presa, tiene que tener la boca abierta debajo del agua, con lo cual correría el riesgo de asfixiarse a no ser por una disposición especial de su garganta, que puede cerrarse por completo mientras está la boca del todo abierta. De este modo, puede respirar libremente y con seguridad, con las fosas nasales abiertas fuera del agua y la garganta cerrada por una válvula, que impide la entrada del agua. El pulmón respira, mientras el agua llena por completo la boca.



Aunque tenga el cocodrilo dispuestos los dientes de un modo que infunde terror, no puede morder y masticar los alimentos antes de tragarlos. Arranca la carne y se la engulle. El resultado de este modo de comer es que, después de una comida completa, el alimento tarda mucho tiempo en digerirse; y mientras tanto el animal queda aletargado y necesita tenderse en la orilla del río hasta su completa digestión. Resulta, pues, y él lo sabe, que la carne pútrida es más fácil de devorar y de digerir que la de una víctima recién muerta. Así es que, si no está realmente hambriento, coge el cuerpo muerto y lo entierra, esperando que su carne se descomponga. Los cazadores dicen que las personas que conocen las costumbres del cocodrilo, se han librado de la muerte

permaneciendo en una inmovilidad perfecta, fingiéndose muertos. El cocodrilo, creyéndolas tales, las enterró en la arena, según su costumbre, y cuando se hubo alejado, las personas sepultadas se pusieron en salvo. Esta afición del cocodrilo a la carne pútrida es de gran importancia en los países cálidos. Muchos cuerpos de animales muertos flotan en los ríos tropicales, y si no fuera por los cocodrilos, envenenarían el agua y el ambiente.

Los cocodrilos pueden vivir cientos de años y van aumentando de tamaño sin cesar. Algunos de ellos en las regiones del alto Nilo, alcanzan una longitud de ocho a diez metros. Su cuerpo está cubierto de una piel rugosa, que les da el aspecto de troncos derribados. En las regiones en que están en gran número, permanecen tan juntos unos al lado de otros en el agua, que presentan la apariencia de leños echados al través del río. Cerca de ellos, vive en bandadas un pájaro llamado *arenero*, que vive casi exclusivamente de una clase de insectos que viven en el cuerpo del cocodrilo. Esa ave, que los advierte de la proximidad del hombre, obra a manera de mondadientes para el cocodrilo. Este último permanece durante varias horas con las mandíbulas separadas, y el pájaro, acercándose a la boca del monstruo, pica los fragmentos de carne que han quedado entre los dientes del cocodrilo.

El tritón y la salamandra

Un pequeño reptil, muy común en las aguas reposadas de Europa, es confundido muchas veces con un lagarto, y hasta se le



da este mismo nombre. Pero no es tal, sino un tritón, animal bastante semejante a la rana. Su cabeza es larga y terminada en punta; tiene cuatro pa-

titas y larga cola; su piel es blanda y no es escamosa como la del lagarto. Es un anfibio; es decir, vive en la tierra o en el agua.

El tritón necesita mucha humedad, y está constituido de tal manera, que cuando está fuera del agua, puede rezumar la humedad a través de los poros de su piel desde un depósito de que está provisto, con lo cual se asegura el fresco.

La salamandra, pariente cercano del tritón, posee la misma propiedad. Es una especie de pequeño lagarto, negro y amarillo, que vive en muchos charcos de nuestras regiones. El vulgo le atribuye equivocadamente la propiedad de no quemarse en el fuego; y es tal la creencia, que al amianto incombustible le da el nombre de lana de salamandra.



La rana y el sapo

¿Cómo puede distinguirse el sapo de la rana? Esta tiene pequeños dientes agudos, y aquél carece de ellos. La rana tiene una piel húmeda, muy blanda, y el sapo la tiene seca y rugosa. Las patas del sapo son más cortas que las de la rana, y no puede, por lo tanto, saltar tanto como ella. El sapo es tímido y no sale de su nido más que en la oscuridad o de noche; la rana, si bien es asustadiza, es más atrevida, y caza de día entre la hierba.



¿Cómo se transforma una rana? Nace renacuajo, y en este estado no vive más que en el agua. En un principio carece de boca y se adhiere a una hoja acuática merced a dos ventosas que tiene a un lado y a otro de la cabezota. Nace luego

la boca; aparecen las patas traseras; luego le nacen las delanteras; y al cabo de unas diez semanas, se ensancha la boca, nacen los dientes, y la cola desaparece: ésta es la rana.

La rana y el sapo son los mejores amigos del hortelano. Aquella trabaja de día y el sapo de noche, y ambos devoran considerable número de insectos.

Ambos duermen durante el invierno: el sapo en un sitio húmedo o en el fango; la rana en el fondo de los estanques.

Dícese que los sapos llegan a vivir hasta cuarenta años. Están provistos de un veneno que lanzan contra su enemigo, perro, puerco espín, topo, cuando éste los ataca. La rana es inofensiva.

El pavo real

Entre los animales, el que más claro parece que conoce su hermosura, es el pavo; pues vemos que él mismo hace alarde de sus hermosas plumas, con aquella rueda tan vistosa, que por muchas veces que la veamos, siempre holgamos de verla y de sentir la ufanía con que él extiende aquellas plumas. Y cuando quiere ya deshacer la rueda, hace un grande estruendo con las alas para mostrar juntamente su valentía con la hermosura. En



todo lo cual vemos una imitación de las cosas que se pasan en la vida humana. Y dejando aquellas barbas de la pluma que van acompañando el asta de las plumas de la cola, vengamos a aquel ojo que está al lado de ellas, formado con tanta variedad de colores, y éstos tan finos y tan vistosos, que ningún linaje de las tintas que han inventado los hombres podrá igualar el lustre y fineza de éstos. Porque en medio de este ojo está una figura oval de un verde clarísimo, y dentro de él está otra casi de la misma figura y de un color morado finísimo; y éstas están cercadas de otros círculos hermosísimos que tienen gran semejanza con los colores y figuras del arco que se hace en las nubes del cielo; a los cuales sucede en torno la cabellera, hermosa también, de diversos colores, en que se remata la pluma. Y en este ojo o círculo que decimos, hay otra cosa no menos admirable, y es que las barbas de que esta figura se compone están tan pegadas unas con otras, y tan parejas e iguales en su composición, que no parece

que aquella pareja es compuesta de diversos hilos, sino que es como un pedazo de seda continuada que allí está.

Pues ¿qué diré de la hermosura del cuello que sube del pecho hasta la cabeza, y de aquel color verde que sobrepuja la fineza de toda la verdura del mundo? Y lo que pone más admiración, es que todas aquellas plumillas que visten este cuello son tan parejas y tan iguales entre sí, que ni una sola se desordena en ser mayor o menor que otra. De donde resulta parecer más aquella verdura una pieza de seda verde, como dijimos, que cosa compuesta con todas estas plumillas. No faltaba aquí sino una corona real para la cabeza de estas aves; mas, en lugar de ella, tienen aquellas tres plumillas que hacen como diadema, y que son el remate de la hermosura de esta ave. Y como tengan estas tres plumillas tanta gracia, y no sirvan más que para su hermosura, vése claro que de propósito se puso el Criador a pintar esta ave hermosa. Lo que aquí se ha dicho, entenderá mejor quien pusiere los ojos en una pluma de éstas, porque mas sirve para esto la vista que las palabras. Y no se debe echar en olvido que la hermosura y colores de todo este plumaje no es como la de las flores, que en breve se marchita, sino es perpetua y estable, y por eso sirve para otras cosas que se hacen de ellas.—*P. Granada.*

Instinto de los animales

1. Un *castorcillo* había sido cogido recién nacido a orillas del Ródano; fué trasladado al Jardín de Plantas; y amamantado allí artificialmente. Este animal no había visto a sus padres ni aprendido, de consiguiente, nada de ellos. Llegado al Jardín, había sido colocado en tales condiciones que no tenía necesidad alguna de habitación. No obstante, apenas pudo tener los materiales necesarios, es decir tierra, agua y ramas, se dedicó a construir su habitación, y por la vez primera la hizo tan buena como la hubieran podido hacer los castores viejos.

2. El insecto conocido con el nombre de *abejorro*, después de construir su nido, sale al campo a cazar algún grillo, al cual des-

pués de haberle herido con su aguijón, arrastra con gran fatiga hasta la entrada de su habitación. Entonces abandona su presa, entra precipitadamente hasta el fondo del subterráneo para ver si todo está en orden, o si algún otro insecto ha entrado para depositar allí sus huevos. Si no ha habido mudanza alguna en el nido, sale de él a los pocos segundos, coge al grillo con sus mandíbulas, lo lleva adentro y lo coloca en una celdilla donde debe nacer una larva. Tiene la precaución de herir a su presa de modo que quede paralizada, pero no muerta, a fin de que la larva, que debe tardar algunos días en nacer, pueda encontrar todavía fresco el alimento que le conviene. Hecho esto, cierra la celdilla y deja el cargo de abrirla a la larva para cuando nazca.

Todo esto parece indicar previsión, y sin embargo, es obra del instinto y no de la inteligencia del insecto, porque ésta no tiene; estos animalitos obran maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacen. El naturalista Fabre dice: «Tomo el grillo abandonado a la entrada del nido y lo pongo algunas pulgadas más lejos. Sale el insecto, y mira atónito a todas partes, y viendo su presa demasiado lejos, abandona su agujero para ir a cogerla y llevarla a su puesto primitivo; hecho esto, desciende otra vez a su nido. Repito yo la misma maniobra y observo otra vez en el insecto la misma desolación. Otra vez lleva su caza a la abertura del nido y vuelve a descender solo; y así sucesivamente hasta que se cansa la paciencia del observador.» El naturalista afirma que ha repetido cuarenta veces este juego, y el insecto no ha variado el orden de sus operaciones, ni ha visto jamás que el insecto, en vez de abandonar su presa a la entrada del agujero para hacer su acostumbrada visita, la introdujese inmediatamente en el nido, para frustrar el juego de su observador.

3. El *cangrejo* es muy amigo de la carne de las ostras, y para proporcionarse este manjar, pónese como espía secretamente en el lugar donde las hay; y al tiempo que ellas abren sus conchas para recibir los rayos del sol, el ladronzuelo sale de la celada donde estaba; y ¿qué hace? Cosa cierta, al parecer increíble. A fin de que en el entretanto que él corre, no cierre la ostra sus puertas y él quede burlado, arrójale a ella, antes que llegue, una piedrecita, para que la ostra no pueda cerrar bien sus puertas; y entonces él, con sus garras, abre y se apodera de ella.

¿Quién pudiera esperar de un tan pequeño animalejo tal industria? ¿Y quién se la pudiera dar sino aquel Señor que da de comer carne, y da habilidad y arte para buscarla?

4. ¿Qué diré de las habilidades que tiene la *zorra*? Aquí viene a propósito lo que dice Isaías: «¡Ay de ti que robas a otros! Por ventura, tú también ¿no serás robado?» El cangrejo hurta la carne de la ostra, y la raposa hurta la de ese cangrejo, y no con menor artificio. Pues ¿de qué manera pescan éstas? Imitan a los pescadores de caña, y no les falta industria e ingenio para ello; porque meten casi todo el cuerpo en el agua y extienden la cola, que les sirve allí de caña y de sedal para pescar. Y como los cangrejos que andan por allí nadando, no entienden la celada, pican en ella. Entonces ella sacúdela con gran prisa y da con el cangrejo en tierra, y allí salta y lo despedaza y come. Mas no es ésta sola su habilidad, porque también sabe proveerse de mantenimiento para otro día; porque después de haber asaltado algún corral de gallinas y muerto cuantas halla, y bebido la sangre de ellas, hace un hoyo y entiérralas allí para tener provisión para otro día.

Tiene además artificio este animal para despedir de sí las pulgas cuando le molestan. Pero ¿de qué manera? Toma en la boca un ramillo, y metiéndose en el agua de algún río o de la ribera del mar, y tirándose del agua poco a poco hacia atrás, las pulgas, huyendo de la parte del cuerpo que se está mojando a la que está enjuta, proceden de esta manera, metiéndose ella poco en el agua, hasta llegar a ponersele todas en la cabeza; la cual ella también de tal modo zambulle en el agua, que no le quedan más que los ojos y la boca fuera. Entonces, saltando ellas en el ramillo que dijimos tener en la boca, suelta el ramo y salta fuera del agua, libre ya de los enemigos que la fatigaban. Este artificio tan exquisito, ¿quién lo pudo enseñar a un animal bruto, sino el Criador?

5. El mantenimiento de las *arañas* es de la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela más sutil que cuantas se tejen, sin otra materia más que la que sacan de su propio vientre, el cual con ser tan pequeño, basta para dar hilaza a tan grande tela como a veces hacen. Pues con esta tela cerca la araña el agujero donde está escondida como espía o como salteador de caminos que espera el lance para saltar y robar. Y cuando la

mosca, inocente de tales artes, se asienta en aquella tela y embaraza los piececillos en ella, acude el ladrón a gran prisa y la enlaza por todas partes para tenerla más segura. Y esto hecho, salta sobre ella, y chúpale la sangre de que se mantiene.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echando los hilos sobre la que han de fundar en las ramas de algún árbol; y sobre



éstos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de un pescador o cazador; y puestas ellas en medio, esperan el lance de la caza, y corren por aquellos hilos tan delgados como si corrieran por alguna maroma, y así prenden la caza...

¡Qué red tan perfecta! ¡Qué hilos tan delicados! ¡Qué puesto tan bien escogido para la caza!

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra, el cual cubren alrededor con muchas telas, unas sobre otras... Pues, ¿quién pudo enseñar a este animalejo a guarnecer su casa con tan gran primor, sino quien lo pudo criar?—*Fr. Luis de Granada.*

La parábola del hijo pródigo

Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: «Padre, dame la parte de herencia que me toca.» Y el padre repartió la herencia entre los dos. De allí a poco, el hijo más joven recogió todas sus cosas y se marchó a un país lejano, donde viviendo disolutamente, malgastó toda su hacienda. A poco de haberlo gastado todo, sobrevino un hambre terrible en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. Entonces se vió precisado a servir a un morador de aquella tierra, quien le envió a su granja a guardar cerdos. Y deseaba hartar su vientre de las bellotas que comían los puercos. Pero nadie se las daba. Y entrando dentro de sí, dijo: «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre

tienen pan en abundancia, y yo muero aquí de hambre! No, volveré a mi padre y le diré: «Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame tan sólo como a uno de tus jornaleros.» Y púsose en camino para la casa paterna. Ya desde lejos le divisó su padre, y enterneciéndose de compasión, corrió a su encuentro, le echó los brazos al cuello y le besó. El hijo empezó a decirle: «Padre mío, yo he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.» Pero el padre dijo a sus criados: «Traed enseguida el traje más precioso y ponédsele; ponedle el anillo en el dedo y calzad sus pies. Id por el ternero más cebado y matadlo, y a comer y a celebrar alegremente un banquete, porque este hijo mío había muerto y ha resucitado; habíase perdido y ha sido hallado.» Y dieron principio a un regocijado banquete.

Cuando el hijo mayor volvió del campo, donde se hallaba, oyó la música y el baile; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué significaba aquello. El respondió: «Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un ternero cebado por haberle recobrado sano y salvo.» Con esto se enojó y no quiso entrar. Pero salió su padre y comenzó a instarle con ruegos. El entonces dijo a su padre: «Conque hace tantos años que te sirvo sin haberte desobedecido jamás en cosa alguna, y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos; y ahora que viene este hijo tuyo, después de haber derrochado su caudal con una vida disoluta, ¿haces matar por él el becerro más grueso?» Respondióle el padre: «Hijo mío, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos. Pero era justo dar un banquete, porque este hermano tuyo había muerto y ha resucitado; estaba perdido y ha sido hallado.»

FÁBULAS

La corneja y las palomas

Habiendo llegado a oídos de una corneja que en cierto palomar vivían copiosamente alimentadas unas palomas, se pintó de blanco para disfrazarse, y se mezcló entre ellas como si fuera una de tantas. Las palomas no reconocieron a la intrusa mien-

tras se estuvo sin abrir el pico; pero un día que se le olvidó, chilló como una corneja que era, y las palomas la echaron a picotazos del palomar. Volvióse entonces afligida a la torre de la iglesia. Pero sus compañeras tampoco la reconocieron bajo aquel blanco plumaje, y la hicieron huir de su compañía; y así se encontró sin refugio la pobre corneja.

No aparentes lo que en realidad no eres, pues tarde o temprano serás descubierto.

El ladrón y el perro

Entrando de noche un ladrón en cierta casa, empezó a ladrar el perro que había en ella; y para que callase, le echó un pedazo de pan.

Díjole entonces el perro:

«¿Por qué me das este pan? ¿Quieres obsequiarme o engañarme? Mira; si matas o robas a mi amo y a su familia, aunque ahora tú me des pan para que calle, luego tendré que morirme de hambre: por lo que más me conviene ladrar y despertarlos que comerme el pedazo de pan que me ofreces.»

Muchos arriesgan su vida por un ligero beneficio. Quien no tiene prudencia, abandona lo mucho por lo poco. Siempre te han de infundir sospecha los beneficios de los malvados.

El jabalí y la zorra

Afilaba sus colmillos un jabalí en el tronco de un árbol, y viéndole una zorra, le preguntó por qué causa aguzaba sus dientes, no habiendo necesidad.

«Lo hago—contestó el bicho—porque teniendo mis armas apercebidas, puedo defenderme siempre que convenga; de otro modo no podré a menudo hacer frente a los peligros.»

Estáte siempre preparado para cuantos incidentes puedan sobrevenir.

El pescador y el pececillo

Pescando con caña en un río, cogió un hombre una diminuta trucha. Mientras estaba quitándole el anzuelo para echar el pececillo en la cesta, abrió éste su boquita implorando piedad, y rogando al pescador le arrojase al río. Preguntóle el de la caña por qué había de obrar así, y el pececillo respondió:

—Mira, que ahora soy pequeña y no valgo gran cosa; por el contrario, si me pescas cuando sea mayor, te seré de gran provecho.

—Pescarte luego, ¿eh?—respondióle el hombre, que no era tonto—; ¿quién me lo asegura? Nada, nada; ahora te tengo en mis manos y a la sartén vas como los demás.

Más vale pájaro en mano que ciento volando.

El sol y el viento

Cierto día disputaba el cierzo con el sol sobre quién de los dos era el más fuerte. No queriendo ninguno de los dos reconocer la superioridad del otro, convinieron en someter a una prueba su relativo poderío. Sería reconocido vencedor el primero de ellos que lograra despojar de su capa a un caminante. Comenzó el cierzo a soplar con furia, acompañado de violentos aguaceros; pero, en vez de llevarse la capa del viandante, hizo que éste se abrigase más con ella. Llególe luego al sol la ocasión de dar pruebas de sí. De súbito empezó a lanzar sus rayos sobre la cabeza de un peregrino con tal ardor y constancia, que le obligó a quitarse la capa y a sentarse sudoroso y decaído a la sombra de un árbol que junto al camino se encontraba. Así resultó el sol el vencedor.

No siempre el que mete más ruido es el más fuerte.

El burro vestido con piel de león

Cierto burro se vistió con una piel de león que encontró en el camino, y todos los animales se asustaban y huían al verle, y hubo un espanto general en la comarca. Dábase el burro a sí

mismo la enhorabuena al verse tan temido y respetado. Su mismo amo, que le andaba buscando por creerle perdido, se asustó al verle de lejos; hasta que, reparando en una de sus largas orejas, que asomaba por debajo de la piel de león, conoció la farsa, y acercándose a él, le quitó el disfraz y le molió a palos.

Si, ignorante, intentas remedar al sabio, pronto enseñarás la oreja, como el burro de la fábula.

El abogado y las peras

Un día fué invitado cierto abogado a los festejos de una boda que se celebraba en una casa distante de la ciudad en donde vivía. Púsose, pues, en marcha, y encontró en el camino una cestita llena de hermosas peras. Como era muy de mañana, y ante la perspectiva del banquete de boda, dió un puntapié a la cestita que iba rodando por la cuneta. Andando, andando, encontróse delante de un riachuelo que debió cruzar; pero tan crecido venía por las lluvias de los últimos días, que la corriente se había llevado el puentecillo; y no viendo barca alguna, desistió de su intento de ir a la boda, volviendo a casa por el mismo camino. Sentía el pobre abogado un hambre tal, que al pasar delante de las peras revueltas en el fango, se dió por muy contento de poderlas comer después de limpiarlas del mejor modo posible.

El que no desperdicia lo útil, no carecerá de lo necesario.

El perro y el asnillo

Caminaba un mastín en compañía de un asnillo cargado de pan. La marcha despertó en ambos el hambre, por lo que el asnillo se detuvo a comer las hierbejas que crecían al borde del camino. Esto aumentaba el hambre del perro, que le contemplaba envidioso: y no pudiendo aguantar por más tiempo, le pidió un pedazo de pan de los que llevaba en la albarda.

—Si tienes hambre, búscate la comida por el camino como yo, pues no tengo pan para desperdiciar.

En esto divisaron a lo lejos un lobo que se venía sobre ellos.

El asnillo púsose a temblar y suplicó al mastín que no se separase de su lado y le defendiese del lobo.

—No, por cierto—le respondió el perro—. Has comido solo; pues bien, defiéndete solo.

Diciendo y haciendo, dejó a su camarada de camino a merced del voraz lobo.

Quieres tener amigos, muéstrate servicial.

El perro ambicioso

Un perro vagabundo halló en su camino un trozo de carne fresca. Poco acostumbrado a tan sabroso manjar, lo cogió entre sus dientes y se dispuso a comérselo a la sombra de unos copudos árboles que crecían en la otra orilla de un riachuelo.

Para alcanzar los árboles, el perro tuvo que atravesar un puente estrecho tendido sobre el agua. Al pasar por él, vió en el fondo de las aguas cristalinas otro perro que también llevaba en la boca un pedazo de carne.

¡Ah!—pensó el perro ambicioso—; se lo voy a arrebatarse, y así tendré dos pedazos en vez de uno—. Y se lanzó sobre él, abriendo la boca para morderle.

Lo que sucedió es evidente. El perro dejó caer al agua la carne que traía, y en vez de despojar a su compañero, sufrió un desagradable remojón.—*Esopo*.

La gallina de los huevos de oro

Un aldeano ignorante poseía una gallina tan singular, que un día cada semana ponía un huevo pequeñito, pero de oro. La suerte le había favorecido con tan prodigioso don, y el hombre podía ser feliz sólo con recoger su huevecito cada semana. Pero, ya lo he dicho, era ignorante, y egoísta codicioso, amén de holgazán y vano, y no se contentaba él con un huevo de oro cada siete días. Si a lo menos la gallina hubiera puesto uno cada día... Escarabajeábale al pedazo de bruto el deseo de reunir de una vez todo el oro que, sin duda, tenía dentro la gallina; y como Dios

ciega a los que quiere perder, cegó al hombre; y un día fué y cogió la gallina y la abrió en canal para sacarla bonitamente las tripas, que serían de oro y valdrían una fortuna.

Pero ¡que si quieres! la gallina por dentro era como todas las demás, y el barbarote no encontró el tesoro que ambicionaba; y como mató a la gallina, se acabaron los huevos de oro.

Quien tiene lo suficiente para sus necesidades, y codicia, sin embargo, más de lo que necesita, y comete para lograrlo malas acciones, suele hallar en su propia avaricia el castigo.

El rico avariento y el pobre Lázaro

Érase un hombre rico que vestía de púrpura y holanda, y celebraba diariamente espléndidos banquetes. Vivía a la sazón un mendigo llamado Lázaro, que, cubierto de llagas, yacía a la puerta de éste. Y se hubiera tenido por dichoso con poder saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico; pero nadie se las daba. Sólo los perros venían a lamerle las llagas. Sucedió,



pues, que murió el mendigo y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Y he aquí que hallándose atormentado, levantó los ojos y vió allá a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno, y exclamó: «¡Oh padre

Abrahán! apiádate de mí, y envía a Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.» Abrahán le respondió: «Acuérdate, hijo, de que tú recibiste bienes durante la vida, y Lázaro, por el contrario, males; por esto ahora éste es consolado y tú atormentado. Además, entre nosotros y vosotros media un

gran abismo, tanto que si los de aquí quisieran pasar a vosotros, no podrían; ni de ahí pasar aquí.» Entonces dijo el rico: «Te ruego, pues, que le envíes a casa de mi padre, pues tengo todavía cinco hermanos, para que los prevenga encarecidamente, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormentos.» Pero Abrahán le contestó: «Allí tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen.» El respondió: «No, padre Abrahán; solamente si alguno de los muertos fuese a ellos, harían penitencia.» Dijo Abrahán: «Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco creerán, aun cuando resucite uno de los muertos.»

El beso dado a un leproso

Como las otras villas, tenía también Asís su hospital de leprosos, no lejos de la ciudad; tales establecimientos son la semilla de los hospitales modernos. La leprosería estaba a medio camino entre Asís y la Porciúncula, aproximadamente, allí donde hay ahora un gran edificio, sobre cuya puerta se lee este rótulo: *Casa Gualdi*. Llamábase *San Salvatore delle Paretti*, y estaba confiada a una orden fundada por Alejandro III para cuidar leprosos: los Crucíferos.

Francisco de Asís, en sus caminatas por las tierras comarcanas, había pasado por allí muchas veces; pero la sola vista del hospital, le llenaba siempre de horror. No dejaba de socorrer a los leprosos, con tal de que fuera otra la mano que les diera su limosna. Especialmente, cuando soplaba el viento del hospital, y el insulso y repugnante hedor, característico de la lepra, salía al camino, atravesábale Francisco de prisa, torciendo el semblante y tapándose las narices con los dedos.

En esto estaba su mayor debilidad, y aquí había de alcanzar el mayor triunfo.

Una vez cuando invocaba al Señor, según costumbre, le fué dada esta respuesta: «Francisco; si quieres descubrir mi voluntad, has de aborrecer y despreciar cuanto hasta ahora has apetecido sensualmente. Y cuando hayas comenzado a hacerlo, todo

lo que antes te era grato, se te cambiará en intolerable; y lo que antes detestabas, será para ti grande dulzura y alegría inmensa.»

En estas palabras se encerraba la regla, se le marcaban las sendas por donde había de marchar.

Sobre ello había cavilado mucho en sus solitarias cabalgadas por la llanura umbría. Aconteció un día que al ser arrancado de una de aquellas meditaciones por una brusca sacudida del caballo que montaba, descubrió en el camino, diez pasos más adelante, un leproso, fácil de ser reconocido por su traje. Alborotóse a su vista Francisco, como antes lo había hecho su cabalgadura, y su primera intención fué volver grupas y huir de allí con toda presteza. Mas las palabras que había oído sonar en su interior, se le mostraron claramente al instante: «Aquéllo de que antes te espantabas, se trocará en suavidad y alegría para tí.» ¿Qué cosa en el mundo le había horrorizado más que los leprosos? Aquél era el momento de mostrar su propósito de someterse a la voluntad de Dios...

Y con poderoso imperio sobre sí, descabalgó Francisco; acercóse al leproso, cuyas narices y labios, roídos por el mal, despedían terrible hediondez de podre; depositó su limosna en la consumida mano que alargaba el enfermo; y luego, lleno de náusea, inclinóse rápido y besó los dedos cuajados de úlceras y llagas.

Cuando montó de nuevo en su caballo, apenas alcanzaba a comprender cómo había sido aquello. Estaba emocionadísimo; batía su corazón contra el pecho, e ignoraba por dónde iba. Nacían en su alma secretas fuentes de dulzura y dicha, que manaban y manaban más y más, aun después de estar henchido su corazón, como claro manantial de agua, que una vez colmada la vasija puesta a llenarse en él, no detiene su chorro, sino que sigue corriendo siempre, derramando por encima del borde sus ondas transparentes y limpias...

Al otro día recorrió Francisco, por su libre voluntad, aquel camino que tanta repugnancia le había producido antes: él de *San Salvatore delle Parette*. Llegado a la puerta, llamó a ella, y entró cuando le abrieron. De las celdas, como de un hormiguero, salió una multitud de leprosos, con sus semblantes semicarcomidos, ciegos e hinchados los ojos, los pies deformes, podridos los brazos, manos sin dedos. La siniestra tropa se apiñó en torno del

mercader; el cual, bien contra su propósito, hubo un momento en que asqueado por el hedor de tan impuro gacinate, tuvo que cubrirse el rostro, para no caer desvanecido. Repúsose pronto, sin embargo; sacó la nutrida bolsa que había llevado consigo y comenzó a repartir socorros a manos llenas. En cada una de las espantables manos que se tendían para recoger tan generosas dádivas, como en la del leproso de la víspera, fué estampando un beso de sus labios.

Ganó así, Francisco, el más alto triunfo que pueden alcanzar los hombres: la victoria sobre sí mismo. Era, desde aquel momento, dueño de sí mismo y no esclavo, como la mayor parte de nosotros.

El apóstol de los leprosos

Dos hermanos preparábanse en un seminario de Bélgica para el sacerdocio. El mayor, que esperaba ser misionero, cayó gravemente enfermo. A medida que la fiebre consumía sus fuerzas, aumentaba su congoja, y se ponía cada vez más pálido y triste. Viéndole tan abatido, acercósele un día su hermano al lecho y le dijo tiernamente: «¿Quieres, hermano, que yo tome tu lugar como misionero?» Los ojos del enfermo se iluminaron por un momento, y sonriente estrechó agradecido las manos de su hermano. Este escribió sin más tardar a sus superiores manifestándoles su deseo, y su ofrecimiento fué aceptado. José Damián, así se llamaba el futuro misionero, rebotando de gozo como un niño, partió con rumbo a las Islas del Mar del Sur para dedicarse en ellas a las Misiones, en donde siguió teniendo su residencia hasta los treinta y tres años.

Un día, oyó decir a su bondadoso obispo: «¡Qué lástima que no tenga yo a quien enviar a cuidar a los pobres leprosos de Molokai, y que esos desdichados hayan de vivir abandonados, presa de la enfermedad más terrible y sumidos en los más horrendos pecados!»

José Damián, cuyo corazón se había enternecido muchas veces al oír hablar de la miserable vida de los leprosos, pidió al

obispo le enviase a él para cuidarlos y evangelizarlos. El prelado accedió gozoso. Desde aquel día empezó José Damián a llevar una vida verdaderamente heroica. Se presentó ante aquellos desgraciados con el sencillo mensaje de que Dios los amaba; y su cariñosa voz, su semblante alegre, su mirada de ternura, la fe que respiraban sus palabras, el amor paternal que les profesaba el P. Damián, impresionaron a tal punto a los leprosos, que poco a poco se iban convirtiendo de bestias en hombres, y de hombres en fervorosos cristianos.

Por espacio de dieciséis años vivió este santo y abnegado varón entre los leprosos. Les edificó una iglesia; les construyó mejores viviendas; les procuró agua más abundante; curaba y vendaba sus asquerosas llagas; los confortaba a la hora de la muerte, y les cavaba él mismo la fosa. El mundo oyó hablar de este santo sacerdote; y desde entonces cartas, dinero, ropas, limosnas cuantiosas salieron para la isla de Molokai. Por fin, el P. José Damián enfermó de la lepra, por contagio, y estaba tan contento y se sentía tan feliz, que decía que aunque hubiera de curar marchándose de la isla, no lo haría por no abandonar a sus queridos enfermos; y así es que continuó trabajando, a pesar de su propia enfermedad, mientras la muerte iba minando su cuerpo con rapidez y violencia, hasta que una santa muerte puso fin a una vida de tanto heroísmo.

San Isidro, labrador

Antes de emprender sus faenas cotidianas de labrador al servicio de su amo Iván de Vargas, al despuntar el alba, hacía San Isidro una visita a la Santísima Virgen en su santuario de Atocha o en la Almudena, o en alguna de las diez parroquias entonces existentes en Madrid, especialmente en la suya de San Andrés. No causaba con esto perjuicio alguno a los intereses de su amo, pues el tiempo que dedicaba a estas prácticas de piedad se lo quitaba a su propio descanso, mientras sus compañeros se teaban o se entretenían en charlas y juegos. Antes, por el contrario, la parcela de terreno que labraba Isidro era la mejor cul-

tivada de todas las que poseía su amo y la que mayores rendimientos daba, lo cual no dejó de ser notado por sus compañeros, que de ello hicieron más de una vez motivo de conversación, atribuyendo a la fortuna ciega lo que era producto de una especial protección de Dios. Al discurrir así, no pensaban aquellos labriegos que quizá la pereza de ellos entraba por mucho en lo que llamaban su mala suerte. Pero sabido es que la envidia, como toda mala pasión, no razona; y la que tenían a Isidro fué adquiriendo tan grandes proporciones, que determinaron perderle antes de que Iván de Vargas los despidiera a ellos, al advertir que los rendimientos de su trabajo eran muy inferiores a los obtenidos por el Santo.

Poniendo por obra su mal propósito, acudieron cierto día a su amo, al que dirigieron el siguiente artificioso discurso: «Venerado señor, le dijeron; bien nos conoce vuestra merced y sabe que somos muy suyos y no deseamos otra cosa que servirle. No queremos, por tanto, ocultar por más tiempo lo que sabemos y vemos, a fin de que a ello ponga remedio, pues redundará en su perjuicio lo que pasa. Sepa su merced que aquel señor Isidro, a quien eligió para cultivar sus heredades por un tanto cada año, aunque se levanta muy de madrugada, descuida la labor; pues con pretexto de orar, recorre todas las iglesias de Madrid; mas, como el tiempo se pasa tan presto, llega tan tarde al trabajo que no hace la mitad de lo que debiera. No decimos esto por mala voluntad que le tengamos, sino porque mire su merced por su hacienda, que va en camino de perderse.»

Oyó Iván de Vargas la denuncia; pero no quiso llamar al delincuente para reprenderle, pues juzgó mejor ver las cosas por sí mismo, con ánimo formal de despedirle si resultaba cierta la denuncia. Con este objeto, levantóse cierto día muy temprano; y colocándose en un sitio desde donde podía observar, sin ser visto, todo el terreno comprendido entre la que es hoy la Cuesta de la Vega y los campos que se extienden a la otra orilla del Manzanares, que era donde trabajaba San Isidro, se puso a atisbar las operaciones de éste, que a la sazón se hallaba arando, teniendo a su lado dos hermosos mancebos que le ayudaban en su trabajo.

Lleno de admiración, ante tan extraordinario espectáculo, quedóse un momento suspenso; pero no tardó en comprender que

los ayudantes de San Isidro no podían ser sino enviados del cielo, pues le constaba que la pobreza del humilde labrador no le permitía el lujo de pagar auxiliares. En esta persuasión se acercó apresuradamente al lugar donde Isidro trabajaba; y su sorpresa subió de punto al ver que éste se hallaba solo, entregado a los menesteres de su labranza. Ante esta maravilla, y sin poder contener el asombro de que se hallaba poseído, dijo a su tiel criado: «Ruégote, amigo, me digas quiénes eran los que hace poco te ayudaban en el trabajo.» «Delante de Dios ingenuamente confieso que ni he llamado ni he visto a otra persona que me ayude sino a ese mismo Dios del cielo, a quien invoco y llamo, y viene siempre en mi ayuda.»

Maravillado quedó Iván de Vargas por el prodigio de que acababa de ser testigo, y no menos edificado al ver la sencillez de su criado y la robustez de su fe; todo lo cual le sirvió para entender que se hallaba en presencia de un santo, y que no debía hacer caso alguno de cuanto le habían dicho murmuradores lisonjeros.

Bondad para con las aves

1. Encaminábase un día San Isidro Labrador al molino acompañado de un mozo, llevando cada cual una carga de trigo, en cierto día muy crudo del invierno. Una copiosa nevada había cubierto por completo todo el campo por donde caminaban. En las ramas de los árboles y ateridas de frío se hallaban unas palomas próximas a perecer de hambre; pues la nieve que cubría la tierra, impedía que pudieran picotear en ésta la más pequeña brizna de hierba. Fijóse el santo en las avecillas, y movido a compasión, dejó a un lado del camino el costal de trigo que llevaba auestas; y sin que le arredrara la crudeza del tiempo, que hacía imprudente la más corta detención en aquel descampado, se puso a separar con manos y pies la nieve en un largo espacio de terreno, y vertió en él una parte del trigo que llevaba en el saco, sin preocuparse de la merma que luego habría de resultar al ser convertido en harina en el molino.

El compañero de Isidro, que no participaba de los generosos

sentimientos de éste, le echó en cara su prodigalidad, diciéndole que era lástima que desperdiciase aquel trigo para que comiesen unas aves que ni siquiera eran suyas, y que seguramente estaría mejor empleado en la alimentación de seres racionales. Nada respondió el santo a estas reconvenciones de su avariento compañero, y así llegaron al molino, cada cual con su saco. Cuando pensaba Isidro entregar el suyo casi mediado a causa del trigo que había esparcido para que comieran las hambrientas palomas, vió con sorpresa que se hallaba tan lleno como el que el otro llevaba; y que al ser convertido en harina, produjo una cantidad de ésta tan extraordinaria, que vino a añadir un segundo prodigio al muy señalado de no haberse mermado el trigo que antes de socorrer con él a las citadas palomas, contenía el saco.

2. San Francisco de Asís vió algunos árboles al borde del camino y en ellos una casi infinita diversidad de aves de toda especie, tales como hasta entonces por nadie habían sido vistas en aquella comarca. Y otras muchas encontrábase en la pradera, bajo los árboles. Y cuando San Francisco vió aquella muchedumbre, dijo a sus discípulos: «Esperadme aquí, que quiero ir y predicar a nuestras hermanas las aves.» Y entró en la pradera, dirigiéndose a las aves posadas en el suelo. Y no bien comenzó a predicar cuando las que estaban en los árboles volaron a tierra y allí quedaron sin moverse, aunque el santo tan cerca andaba de ellas, que a más de una rozó con la fimbria de su hábito. Y San Francisco les habló de esta manera:

«¡Mis hermanas las aves! Mucha gratitud debéis a Dios y siempre en todas partes habéis de alabarle y glorificarlo, porque podéis volar libremente a donde queráis; por vuestras dobles y triples vestiduras; por vuestros multicolores y vistosos adornos; por vuestro alimento; porque no necesitáis trabajar; y por los bellos cantos con que el Criador os ha regalado. Vosotras no sembráis ni recogéis los frutos, sino que Dios os alimenta y os da ríos y fuentes para que bebáis en ellos, y montañas y colinas, peñas y riscos para guareceros, y grandes árboles para que hagáis vuestros nidos; y aunque no podéis hilar ni tejer, tanto a vosotras como a vuestras crías os da el necesario vestido. Por tanto, grandemente os ama el Creador, que tantos beneficios os

ha dispensado. Cuidad mucho, hermanas aves, de no ser desagradecidas, sino empleaos siempre en alabar a Dios.»

Después de estas palabras de nuestro santo padre, todas las avejillas comenzaron a abrir sus picos, a batir las alas, a tender el cuello e inclinar reverentes sus cabecitas a tierra; y con sus cantos y movimientos demostraban que las palabras que les había dicho San Francisco las alegraban mucho. Y San Francisco regocijóse en su espíritu cuando vió aquello, y se maravilló de encontrar tantas aves, y de su variedad y diversidad, así como de que tan mansas fueran; y por ello alabó al Creador y las exhortó dulcemente a que ellas también le alabaran.

Y cuando el santo hubo acabado su plática y su exhortación a glorificar a Dios, hizo la señal de la cruz sobre todas las aves. Y todas ellas rompieron a volar juntas, gorjeando fuerte y maravillosamente, tras de lo cual se separaron y desaparecieron volando.

El ángel custodio

Le había concedido Dios a Santa Francisca Romana un hijo; y su madre se lo había ofrecido como holocausto, pensando, si tal era más tarde la voluntad del hijo, dedicarle al exclusivo servicio de los altares en el sacerdocio; pero se le murió siendo muy niño.

A poco de su muerte, se apareció a la madre. A su lado iba otro niño de la misma estatura, pero mucho más hermoso que el hijo de Santa Francisca. El bienaventurado niño declaró a su madre quién era aquel ángel que estaba con él. Lo cual hizo del modo siguiente: «Hay en el cielo nueve coros de ángeles; los ángeles de los coros superiores instruyen a los de los inferiores. Dios, en su gran bondad, me ha colocado a mí en el segundo coro; este mi compañero, está más encumbrado que yo, y por eso es más hermoso y más resplandeciente. Dios le ha mandado sea tu guía mientras permanezcas en la tierra; estará a tu lado día y noche y te socorrerá en cuanto necesites.»

Dicho esto por el hijo a su madre, desapareció al punto,

pero el ángel se quedó. Francisca se postró en tierra, y lo primero que hizo fué dar gracias a Dios por tan grande favor. Después se volvió al ángel, que estaba a su lado, y le suplicó encarecidamente que fuese su guía y consejero, y que, por lo tanto, le dijese qué era lo que había de hacer y lo que había de evitar para agradar a Dios.

Cuando después salió de su aposento, el ángel la acompañó; y desde entonces continuó siempre visible para ella, siendo así que los demás nunca le veían. Estaba rodeado de un círculo luminoso; el resplandor que de sí mismo despedía, la ofuscaba de modo que no podía mirarle por mucho tiempo; sólo cuando oraba, o hablaba con su confesor; o tenía que resistir alguna tentación del mal espíritu, podía reconocer con más claridad la figura del ángel.

Como le preguntase un día el confesor en qué forma se le dejaba ver el ángel, Francisca se le describió del modo siguiente: «Tiene la estatura de un niño de unos nueve años; su continente es graciosísimo y majestuoso; sus ojos están habitualmente dirigidos al cielo; su mirada es pura como no hay palabras con qué expresararlo; su frente, por lo común, serena; lleva una larga y resplandeciente túnica, y encima de ella un manto, ya blanco como una azucena, ya de color de rosa, ya azul como el cielo en un día muy puro; cuando va a mi lado por las calles, jamás él mancha sus pies.»

Como a veces la santa no supiese bien qué era más del agrado de Dios entre varias cosas que se le ofrecían, preguntaba al ángel, y éste se lo declaraba enseguida. Si el enemigo malo la tentaba, se lo decía al ángel; y éste, dirigiendo su refulgente mirada contra el perverso espíritu de las tinieblas, le hacía huír. El ángel y su modo de manifestársele era para ella como un espejo, y en la santidad del ángel veía ella cualquiera imperfección que en sí tuviese. Apenas cometía la más pequeña falta, parecía ocultarse el ángel; Francisca escudriñaba entonces con cuidado su conciencia, descubría su falta, y arrepentida se confesaba hu-



mildemente de ella, y le volvía a ver otra vez. Si se sentía acometida de temor o congoja, le veía extraordinariamente afable y desaparecía toda angustia; y si alguna vez quería hacer penitencias excesivas, el ángel le ponía coto.

Como mujer de su casa, atenta al bienestar y gobierno de sus domésticos, se le presentaban asuntos y negocios que tenía que



tratar con la gente del mundo. Pensó en un principio que estos negocios serían tiempo perdido delante de Dios; pero el ángel la desengañó diciéndole que la voluntad de Dios era que cumpliera fielmente los deberes de su estado, aun en los asuntos exteriores y al parecer de poca monta.

La luz y el resplandor que del ángel salían, iluminaban ante sus ojos aun los corazones de los demás hombres, de modo que viendo los pecados y malas inclinaciones de ellos, podía ayudarles saliendo al en-

cuentro de sus desvaríos. Así, por ejemplo, tenía ella un pariente, hombre soberbio y colérico; y como fuese una vez gravemente ultrajado por otro, se encolerizó tan locamente, que determinó quitar la vida a su enemigo. Entonces el ángel hizo ver a la santa las intenciones perversas de su pariente; y Francisca puso todos los medios para apartarle de su mal

intento, y logró que depusiera la ira y perdonase sinceramente a su enemigo.

Aun cuando tú, querido niño, no veas a tu ángel, como esta Francisca, sin embargo, puedes rogarle y hablarle como ella. En todas partes está contigo, y te ve aun cuando estés enteramente solo; hasta en la oscuridad de la noche, cuando tú nada ves, él te está mirando.

Demasiado joven

Dícese que el arcángel San Miguel aparecióse un día a un monje en oración y le habló de esta manera:

«Fray Elías, quiero confiarte una misión. Escucha: ha llegado el tiempo de ocupar en el Cielo un trono que dejó desocupado hace miles de años uno de los primeros serafines caídos con Lucifer. Es un trono todo resplandeciente de oro, de rubíes y de esmeraldas. Al que sea agraciado con él, se le reservan igualmente una corona de oro y pedrerías y una dicha como jamás hombre alguno ha gustado acá en la tierra. Tú, fray Elías, que conoces bien este mundo, búscame un alma para este trono. Te pagaré en hermosa moneda de los cielos los servicios prestados. Únicamente te encargo que el alma no sea demasiado joven.»

El monje recorrió la comarca, deseoso de servir al señor San Miguel, y encontró en la enfermería de un monasterio a un venerable y santo religioso, misionero en otro tiempo, y que, según contaban, hacía milagros. Muy contento de su hallazgo, presentó su candidato al arcángel.

«Demasiado joven, respondió el santo arcángel. A los ochenta años aún no cuenta sesenta en el registro de los ángeles custodios; sólo sus cincuenta años de vida religiosa han sido años llenos, y algunos más completan los sesenta, y todo lo demás de su vida ha sido perdido. Busca otro.»

«Caros se venden los altos puestos en el Paraíso», se dice Fray Elías para sus adentros, y se pone muy luego en marcha para encontrar a otro. Larga y penosa fué su peregrinación, pero de ella volvió con tres nombres: un buen anciano, paralítico desde

la edad de quince años, que sufría con paciencia y rezaba toda la vida; un anciano y venerable párroco y santo sacerdote; y una madre de familia, de setenta años, que había educado cristianamente a doce hijos.

«Todos demasiado jóvenes, vuelve a decir el señor San Miguel. El paralítico no tiene más que diez años en el libro del Paraíso, ocho años de vida merecidos y otros dos antes; ahí está todo. ¡Es tan difícil llegar a viejo en el calendario de los ángeles! El buen párroco, tan piadoso, tan devoto, tan caritativo, no tiene más que treinta y cinco años en el cálculo de los ángeles. Angela, la madre cristiana, no tiene más que treinta: los veinticinco años consagrados a educar a sus hijos y formarlos a la piedad, han sido años llenos; pero no así los siguientes, porque la ausencia de la cruz y una vida demasiado feliz han producido un decaimiento y le valen sólo para cinco. Redobla, pues, tus diligencias en busca de otra alma digna de los esplendores seráficos. Y te he de advertir que si dentro de tres días no encuentras al elegido, este trono permanecerá desocupado hasta el fin de los tiempos.»

Volvió a tomar su báculo el desconsolado monje. «¿Y a dónde iré para encontrar al elegido? ¡Qué caro compra el cielo a sus elegidos! Verdad es que este puesto es de los primeritos y para toda una eternidad.»

Al tercer día no tenía aún más que un solo nombre, el de un joven, congregante de la Virgen Inmaculada; hijo sumiso y obediente a sus padres, cuyo consuelo y gloria era; estudiante modelo de Facultad que cada mañana oía misa y comulgaba antes de ir a sus cursos universitarios; alma privilegiada y corazón noble de una pureza angelical que profesaba una devoción acendrada a la Virgen Madre, merced a su santa madre de la tierra, quien se la había infundido desde sus más tiernos años. Su vida era un holocausto perpetuo a la gloria de Dios, a quien daba a conocer y amar a cuantos se le acercaban, y a quienes atraía por su mano dadivosa.

«Gran San Miguel, dijo; no tengo más que un nombre que presentarte, y todavía no ha proporcionado gran cosa que contar a los jueces del Paraíso.»

Apenas hubo dejado de hablar, cuando de pronto la celda se ilumina; un aroma desconocido en la tierra embalsama el recin-

to, y déjase oír una dulce melodía. El monje comprendió que había sido encontrado el elegido que buscaba. Aquella alma del piadoso joven subió más alto que el campanario de su monasterio, más que la torre de la catedral de la ciudad, más alto que las nubes, más alto que las estrellas, y se fué a sentar, radiante de la gloria de la eternidad, en el trono que le esperaba entre los ángeles, en medio de los serafines.

«¿Qué edad tenía, pues, aquella alma en el calendario viviente del cielo?»—exclamó el monje.—«Veinte años, según vuestros cálculos de la tierra; pero según el cálculo de los ángeles, tenía ya ciento veinte. ¡Tan difícil es hoy en día entre vosotros que se conserve un joven bueno, puro, obediente, piadoso, estudioso, sin que le contamine el mal ejemplo! La devoción a María Santísima es su más precioso galardón, y la Madre de Dios acerca a su trono a cuantos la amen, la honren y la imiten. Nada se pierde de cuanto agrade a Dios; y un vaso de agua, dado en su nombre y por su amor, llega a ser un río caudaloso en plena eternidad; mientras que un tesoro, dado sin amor y con miras humanas, ni siquiera es inscripto en el gran libro de la vida. Por eso, tú sabes que hay niños de cien años, y jóvenes de mucha edad.»

Luego el gran arcángel se volvió al paraíso a preparar a su vez un envidiable sitio para su ferviente y devoto religioso.

La corbata de la primera comunión

Jorge, el mayor de los dos hermanos de una cristiana familia, era en aquel colegio travieso como el que más. Sin embargo, bajo aquel exterior disipado y revoltoso, conservaba un corazón puro y animado de los más nobles sentimientos. Llegaba el día de su primera comunión, sin que por eso mejorase nada la conducta de Jorge. Seguía siendo la pesadilla de sus maestros y la espina de su virtuosa madre, que en vano descargaba sobre él reprensiones y más reprensiones. Pero triunfó por fin la gracia, y Jorge cambió por completo. Acababan los ejercicios que precedieron a la primera comunión. Púsose Jorge a discurrir con

todo empeño qué propósito sería el que más agradase a la Santísima Virgen en el día de su primera comunión. Pensó, rezó. A la noche, sus ojos se llenan de alegría y exclama lleno de júbilo: «Ya sé, ya sé lo que tengo que prometer.» Se levanta; se presenta a su director, le comunica su resolución, y le dice que quiere prometer a la Virgen no quitarse la corbata blanca de su primera comunión, mientras no cometa pecado grave. No le pareció bien este propósito a su director; expúsole los inconvenientes de semejante resolución, pero fué en vano. Jorge comunicó también su resolución a su madre, y tampoco le pareció bien la idea de su hijo. Pero fué tal la resolución de Jorge, que tuvieron que acceder.



Amaneció el día de la primera comunión, y Jorge apareció llevando al cuello una preciosa corbata blanca. Recibió a su adorable Salvador con vivos sentimientos de fe y amor, y juró a María ser fiel a su propósito. Al otro día, Jorge se presentó con su corbata blanca, y así otro día y otro día. Empezó a dar que hablar la famosa corbata blanca, y el pobre Jorge hubo de recibir por ella más de una broma, y pesada.

Mas ¡ay! Jorge tenía un amigo, quien, picado de curiosidad, preguntó a Jorge la causa de su original conducta. Jorge, confiado y franco, co-

municó a su amigo el secreto, encargándole el más absoluto silencio. Prometiéndosele a su amigo; pero... al otro día ya todos los alumnos de su clase conocían la historia de su corbata blanca. Las bromas cesaron y se cambiaron en un callado sentimiento de respeto. Pasaron las vacaciones; y pasaron los años de 1866, 67, 68, 69 y 70; y Jorge, ya bachiller, seguía siempre llevando una corbata blanca.

Llegó el tiempo en que Jorge tuvo que alistarse para luchar por su patria. La ordenanza militar no toleraba corbatas blancas, y Jorge la plegó y la conservó cuidadosamente en el fondo

de su mochila. Llegó la batalla; y Jorge, herido de muerte, yacía en tierra, cuando pasó a su lado el capellán del regimiento, que le dijo: «Hijo mío, ¿necesitas de mí?» «Gracias, Padre; voy a morir, pero muero tranquilo, porque mi conciencia está en paz. Permite que le pida un favor. Ahí, en mi mochila, hay una corbata blanca; haga el favor de traérmela.» El capellán, extrañado, la entregó al moribundo, quien la tomó con mano temblorosa, la llevó a sus labios dándole un amoroso beso. «Sírvasse, Padre, mandar esta corbata a mi querida madre, y escríbale que Jorge ha muerto fiel a su promesa; y que hasta el último suspiro conservó blanca la corbata, sin más mancha que la de su sangre derramada por Dios y por su patria. Momentos después, expiraba Jorge en brazos del capellán.

Lo que puede hacer una genuflexión bien hecha

Un célebre prelado de Ginebra, tenía la costumbre, antes de que le desterraran de su diócesis, de hacer por la noche su última visita al Señor Sacramentado, cuando no quedaba ya nadie en la iglesia, para ver si las puertas estaban bien cerradas y alejar la posibilidad de algún sacrilegio, tan temible en tierra de protestantes. Hechos sus rezos, solía acercarse al altar mayor, hacer una profunda genuflexión, y besaba el suelo al irse, en señal del más profundo acatamiento.

Una noche, que creía hallarse completamente solo, se levantaba después de sus acostumbradas devociones, cuando oyó ruido, abrirse un confesonario, y de él salió una señora distinguida:

—¿Qué hacéis aquí, señora, a estas horas?

—Soy protestante, como sabéis: he asistido a todos vuestros sermones de cuaresma, y he oído cuanto habéis dicho acerca de la presencia real. Convencida por vuestros argumentos, una duda me quedaba, sin embargo, y era que vos mismo creyerais lo que predicabais. Y por eso he venido para ver si en secreto tratábais a la Eucaristía con el respeto que se debe a Jesucristo

presente, y decidida a convertirme si hallaba vuestra conducta conforme con vuestras palabras. He venido; he visto por mis ojos, y ya creo. Confesadme.

Hoy es esta señora una de las damas católicas más fervorosas de Ginebra.

Amor filial

El señor Mendoza yacía en cama, desahuciado por los facultativos. Apenas tuvieron sus tres hijas, Gabriela, Isabel y María, conocimiento del peligro que corría la vida de su padre, sin consultarse, se dijeron: «Lo primero es lo primero; que venga un sacerdote, y que ante todo arregle papá el negocio de su alma, que es el único negocio verdadero.» Las tres habían recibido en el colegio una educación digna de princesas, pero a la española, es decir, completamente católica, cual conviene a la mujer. Ya su buena madre había preparado sus corazones desde niñas a la piedad; de suerte que a las religiosas, en cuyo colegio se educaron, bastóles cuidar y robustecer en la virtud aquellas tiernas plantas bien inclinadas.

María, la menor y la predilecta de su padre, notable por su belleza, sin acobardarse, y con ese valor tranquilo que en las grandes dificultades de la vida tienen las mujeres, y falta comúnmente a los hombres, encomendándose confiadamente a la Virgen Santísima, cuya maternidad imploraba desde el día en que perdió a su madre natural, penetró en la alcoba del enfermo. Disimulando, con la sonrisa en los labios, el dolor que partía su alma, y dominando las lágrimas que luchaban por salir, declaróle que aunque no había peligro grave por el momento en su situación, ella y sus dos hermanas tendrían un gran consuelo en que su papá recibiese los Santos Sacramentos con tiempo, como su santa mamá lo hizo, sin dejarlo para última hora, cuanto más que el prepararse bien no adelanta la muerte.

Al recibir el enfermo la embajada, hizo un esfuerzo para incorporarse, miró conmovido a su hija, cuya piedad le era harto

conocida; y contemplándola de hito en hito, permaneció unos instantes vacilando, o luchando, o no atinando quizás a hablar. Creyendo ella que su padre no la había comprendido, repitió su pretensión, aderezándola con otras razones nuevas y oportunas; y añadió que el bueno de D. Manuel, el cura párroco, lleno de interés, venía a enterarse todos los días si ocurría novedad; aunque, por no alarmar a su querido papá, no había querido pasar. Dió aquí un suspiro el enfermo, que más bien era un profundo gemido, y con voz temblorosa y apagada, exclamó:

«Pues puede pasar cuando venga, hija mía.»

Terribles declaraciones hizo desde el principio de la entrevista el moribundo al sacerdote. He aquí la primera: «Mis hijas se empeñan en que me confiese, señor cura; pero yo, que no he de engañar a usted en esta hora, le hago saber ante todo, que si me confieso bien, las pobrecitas quedarán en la miseria y tendrán que ponerse a servir.» En efecto, toda su fortuna la había adquirido o amasado por medios ilícitos. Pidióle el sacerdote permiso para hacer a sus hijas alguna insinuación sobre el caso, que diese a conocer sus disposiciones para las eventualidades por venir; y obtenido este permiso, indicó a María los escrúpulos del autor de sus días.

Puestas de acuerdo las tres hermanas, la contestación que en su nombre hubo de transmitir D. Manuel fué ésta: «Que ante todo se cuidase por el momento de tratar de aquel asunto tan serio, para presentarse con confianza ante Dios; que ellas habían recibido ya de su madre una herencia inapreciable, cual eran una educación cristiana, la fe y el tesón para trabajar y vivir honradamente en cualquiera situación de la vida; que con gusto darían ellas todos los millones del mundo, a tenerlos en la mano, por ahorrar una hora de purgatorio a su idolatrado padre, cuanto más por la salvación de su alma, más preciosa para sus hijas que todos los tesoros del mundo; que, en fin, hiciese de su hacienda lo que conviniera a su salud eterna, a fin de que sus hijas tuviesen la dicha de reunirse con él en el cielo, a donde, con la gracia de Dios, arrastrando valerosamente su cruz en este mundo, contaban llegar algún día.»

Llorando escuchó Mendoza esta hermosa respuesta; y más sosegado, arregló sus negocios según procedía en conciencia, y

se preparó a recibir los auxilios de la religión, declarando antes que jamás hubiese tenido valor para dar el paso que daba, a ser menos cristiano el temple de alma de sus hijas. La mayor y más considerable porción de su fortuna, en efecto, quedó destinada a restituciones, y pasó a poder de particulares.



El enfermo vivió algunos días después de haber tomado tan graves disposiciones, manifestando una confianza sin límite en su misericordiosísimo Redentor. Quedaron las tres huérfanas tan consoladas de la cristiana muerte de su padre, como sorprendidas y aterradas habían sido pocos días antes, cuando por primera vez tuvieron que sospechar que el lujo y el fausto y las riquezas de que habían hasta entonces disfrutado tan de buena fe, eran de reprobada procedencia. Quedaron, sin embargo, en posición bastante holgada, porque su padre les había legado en el testamento, a título de dote para las tres, una valiosa manzana de ca-

sas que aseguraba completamente su porvenir. Pero la piedad de tan excelentes hijas y el amor a la memoria de su padre, les inspiró una resolución que fué acogida con sincera admiración. No satisfechas todavía aquellas almas delicadísimas con el sacrificio parcial del patrimonio de la familia, convinieron en abandonarlo

todo, a fin de guardar la conciencia absolutamente limpia aun de sospechas, y sin sombra de remordimientos, y de atraer más la misericordia de Dios sobre el alma de su difunto padre. Y a pesar de las observaciones y resistencias del cura párroco, confiando ellas en que Dios no las había de abandonar, mandaron realizar sin demora la manzana de casas en cuestión. Una vez vendida, dividieron su precio en tres partes, de las cuales la primera fué distribuída entre los pobres de la parroquia; la segunda entre los establecimientos de beneficencia de la villa; y la tercera entre los conventos pobres de la diócesis.

Es indecible el sentimiento de general y profunda simpatía hacia las huérfanas que este caso tan ejemplar produjo en toda la población.

El buen samaritano

Un escriba presentóse a Jesús y díjole tentándole: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?». El le respondió: «¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué es lo que en ella lees?». Y le contestó: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y al prójimo como a ti mismo.» Díjole Jesús:

«Bien has respondido, haz eso y vivirás.» Pero aquél, queriendo justificarse, respondió: «Y ¿quién es mi prójimo?» Jesús, tomando la palabra, dijo:

«Bajaba de Jerusalén a Jericó un hombre, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, cubriéronle de heri-



das, le dejaron medio muerto y se fueron. Y he aquí que acertó a

pasar por el mismo camino un sacerdote; éste le vió, pero pasóse de largo. Asimismo un levita, que llegó a aquel lugar, le vió y pasó adelante. Pero un Samaritano, que por allí pasaba, llegó a él, y así que le vió, movióse a compasión. Acercósele, lavó con aceite y vino sus heridas y las vendó. Le montó luego en su cabalgadura, lo llevó a la posada, y le cuidó. Al día siguiente, sacó dos denarios y entrególos al mesonero, diciéndole: «Ten cuidado de él, y todo lo que vayas gastando, yo te lo abonaré a mi regreso.

«Dime, ¿quién de estos tres te parece el prójimo del que cayó en manos de ladrones? Respondió: «Aquél que usó con él de misericordia». Jesús le dijo: «Ve, y haz lo mismo».

Santa Rosa de Lima en su ermita

Había en el jardín de la casa de Rosa de Lima un hermoso árbol de enebro que tocaba el muro de la huerta. Le pareció el sitio muy oportuno, y con la ayuda de su hermano Fernando, levantó allí una cabaña en forma de ermita. Pegado con la pared, formó un altarcito; en él puso una cruz que había hecho de cartón y que era más alta que ella. Colocó también cuantas imágenes de santos pudo haber a sus manos; y el resto del altar, tenía cuidado de engalanarlo con las flores más bellas del jardín. Conseguido lo que deseaba, que era tener un retiro donde, lejos de las gentes y de las miradas importunas, se pudiese entregar a las santas aspiraciones de su alma, esta capillita vino a ser su frecuente morada; y apenas salía el sol, los primeros pasos de Rosita eran a esta su querida celda, en la que permanecía a veces todo el día, trabajando y orando.

Tan sabido era esto de los de casa, que si la necesitaban para algo o alguno preguntaba por ella, solían decir: «Si queréis encontrar a Rosita, id a buscarla al jardín.» Tan abismada en su trabajo y después en su oración había estado un día que, sin notarlo, se había hecho ya de noche, y estaba tan oscuro que no osaba moverse de la capilla, de miedo que tenía a espectros y

fantasmas, miedo que había heredado de su madre. Quería ir ésta en busca de ella, pero tampoco se atrevía ir sola por medio de la oscuridad del jardín, razón por la cual su marido tuvo que ir acompañándola. Cuando Rosa vió venir a sus padres, les salió al encuentro; pero por el camino se le ocurrió el siguiente pensamiento: «Conque, mi madre va de noche por el jardín y no tiene miedo porque mi padre la acompaña; y ¿temeré yo la oscuridad de la noche teniendo a Dios, mi Padre y Señor, no sólo a mi lado sino también en el corazón?» Produjo esta reflexión tal serenidad y firmeza en su ánimo, que desde aquella hora no volvió a tener miedo ni de fantasmas, ni del silencio de la noche, ni de los sitios solitarios y sombríos.

Si bien es verdad que Rosa amaba mucho el rinconcito que para desahogo de su fervor había escogido, todavía más querida que esta celda de la pared del jardín, era para ella la celda donde Cristo Nuestro Señor habita sobre la tierra. Frecuentemente, y siempre que podía, iba a visitar al Salvador; se había escogido en la iglesia un sitio donde siempre se colocaba y permanecía inmóvil y reverente orando con todo el fervor de su corazón.



Muerte edificante de San Fernando

Cayó enfermo de hidropesía San Fernando, el tercero de su nombre, y glorioso rey de España; y aunque en los primeros momentos no se presentó su dolencia con carácter alarmante, el santo rey conoció en seguida que su mal no sólo era incurable, sino que le llevaría en breve al sepulcro, aunque otra cosa le dijeron los médicos que le asistían. Por esta razón causó no poca extrañeza a cuantos le asistían, oírle pedir a poco de haber caído enfermo, que le administrasen el Santo Sacramento de la comunión en forma de Viático, después de haberse confesado, como lo hacía con mucha frecuencia, con su director espiritual, don Ramón de Lizana, obispo de Segovia. Este le dijo a modo de observación, que desde luego podía comulgar; pero que le parecía que no se hallaba aun en estado de ser viaticado, según el dictamen de los médicos que le asistían. Pero San Fernando le replicó desengañándole, declarando que le quedaban menos horas de vida que días suponían los médicos que había de durar su enfermedad; y ante esta afirmación, hecha con la seguridad del que sabe a ciencia cierta lo que se dice, se apresuraron a satisfacer sus santos deseos; de los que dió aviso a la reina e infantes y a toda la corte del santo monarca, para que el sagrado acto se verificase con la solemnidad correspondiente.

El mismo San Fernando, con una serenidad de espíritu que admiró a cuantos le rodeaban, dispuso desde su lecho lo necesario para convertir en capilla su cámara, ordenando, entre otras cosas, que se retirasen de ella todos los ornamentos y atributos de la majestad humana; pues desde aquel momento no era su estancia la morada de un rey de la tierra, sino el templo donde iba a penetrar el Rey de los cielos, coronando con este acto de humildad los muchos que había practicado durante su santa vida.

Cuando todo estuvo preparado, y después de orar largo espacio de tiempo, confesóse de nuevo con el ya citado obispo de Segovia, y tras otra larga oración pidió a su confesor que no dilatase por más tiempo la llegada de su Divina Majestad, pues se le hacía un siglo cada momento que tardaba en recibir a Jesús sacramentado.

Dadas las órdenes correspondientes, entró en la cámara regia convertida en capilla, el Santo Viático, acompañado del infante don Felipe, arzobispo electo de Sevilla, y de otros muchos preladados, así como de toda la familia real, clero y grandes del reino, en número tan considerable, que muchos de ellos hubieron de quedar fuera de la estancia, por no tener ésta capacidad suficiente para contenerlos a todos.

Al ver el santo Rey penetrar en su cámara a Jesús sacramentado, se arrojó del lecho sin que nadie pudiera impedirle; y puesto de rodillas en tierra, cubrióse de ceniza la cabeza, se echó al cuello una soga en señal de esclavitud ante el Rey de los reyes, y tomando en sus manos un crucifijo, se puso a venerarle con fervoroso afecto. Hizo luego ante la sagrada imagen de Jesús crucificado una tierna expresión de todas las penas y tormentos sufridos por el Divino Redentor del mundo para salvar a los hombres; y tras prolongados y fervientes actos de contrición por sus pecados, y después de pedir a todos cuantos le rodeaban perdón de todas las ofensas que pudiera haberles hecho, recibió de manos de su confesor el Santo Viático, con una efusión extraordinaria de humilde y encendido amor, que hizo derramar abundantes lágrimas a cuantos tuvieron la dicha de presenciar acto tan edificante.

Quedóse luego un rato sumido en un éxtasis dulcísimo, como saboreando la dicha que acababa de experimentar de albergar en su pecho a Jesús sacramentado; y después hizo una explícita profesión de fe comprensiva de todo lo que debe creer todo buen cristiano; y si momentos antes había conmovido a los que le rodeaban con la ternura de sus sentimientos de encendido amor a Dios que abrasaba su alma, la voz robusta y enérgica con que luego daba testimonio de su fe viva y fortísima enardeció de tal modo a cuantos le escuchaban, que si en aquel momento se les hubiera exigido dar la vida en testimonio de la verdad de todos y cada uno de los misterios de nuestra sacrosanta religion, ni uno solo hubiera vacilado en sacrificarla.

Terminado tan solemne y conmovedor acto, mandó el santo rey que le dejasen solo, y durante algunas horas permaneció en amoroso coloquio con el Divino Redentor hospedado en su corazón, sin que fuese dable a persona alguna vislumbrar ni

siquiera los favores que recibió del Señor en aquella su última visita.

Muchos y muy grandes debieron ser; pues cuando llamó nuevamente a su lado a los que le asistían, su rostro estaba resplandeciente, y en todo su aspecto revelaba que había tenido como un anticipo de las venturas celestiales.

Poder de San José en el cielo

Pues vamos al caso, de que le llegó un día la muerte a un devoto de San José, y quiso colarse de rondón por las puertas del cielo. Pero ¿qué había de entrar si venía todo manchado de tinta? Que a la cuenta debía de ser alma de escribano. San Pedro le dió con el postiguillo en los hocicos, y me lo dejó montado en los cuernos de la luna. Pues vamos, a que no faltó algún correvedile que le diera el soplo a San José; y se va el Patriarca *incontinenti* a su divina Majestad a pedirle favor para su devoto. Pero su divina Majestad le dijo que nones.—¡Señor, que es mi devoto!—¿Devoto? que te encendía a ti media libra de cera y al diablo todos los colmenares de la sierra.

Pues vamos a que, en estos dares y tomares de que ha de entrar, que no ha de entrar, San José, que no es rana y sabe dónde le aprieta el zapato, dice muy sentido, por ver si sacaba raja:—Pues si mi devoto no entra, yo me voy.—Vete con Dios, le dijo su Majestad.

San José, que lo que menos pensaba era en tocárselas, se va para la puerta con el sombrero en la mano; vuélvese a la mitad del camino y dice:—Pero es que yo no me voy solo. Que según canta el refrán y también canta la ley, «en matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.» Con que lo que es mi mujer se viene conmigo.—Pues que se vaya.

San José llama a la Santísima Virgen, le dice que se toque el mantón, y que se vaya por la puerta. Pero su divina Majestad, ni por esas se blandeaba.

«Pues es que si me llevo a mi mujer, dijo entonces el Patriarca, me llevo también todo lo que es suyo.» «Pues llévatelo.» «Aquí tengo una lista que canta hasta la última hilacha.» Y se pone San José en medio del cielo, saca un papel de la faltriquera, en que estaba escrita la letanía, y comienza a decir:

»*Regina Angelorum.* ¿A ver? Vayan por allá todos los ángeles.

»*Regina Patriarcharum.* Vayan todos los patriarcas.

»*Regina Prophetarum.* Vayan todos los profetas.»

Y así fué relatando toda la letanía. ¡Compadre! Cuando llegó a aquello de *Regina sanctorum ómnium*, le dice su Divina Majestad: «Mira, Pepe; anda fuera; lava bien a tu devoto, y métele dentro; porque si me empestillo en no dejarle entrar, me dejas tú, por justicia, solo en el cielo.»

Corrección oportuna

Refiérese en la vida de San Francisco de Sales que siendo aún niño, vió en el suelo la blusa de un obrero que trabajaba en el castillo de su padre; y habiendo notado en su botonadura una cinta de seda de diferentes colores, el brillo de este adorno le tentó, y la cogió furtivamente.

Habiéndose dado cuenta el obrero de que se le había sustraído su cinta, hizo varias preguntas entre los criados. El señor de Boissy, padre de Francisco, informado del hecho, interrogó al niño, y éste confesó ingenuamente, sin rodeos ni excusa, ser él el culpable; y al mismo tiempo, profundamente arrepentido de su falta, cayó de rodillas, pidiendo perdón con tantas lágrimas que hizo llorar a los asistentes. El padre, inflexible, pues conocía las consecuencias que podría tener una falta de este género si quedaba impune, le hizo aplicar el castigo que se da generalmente en esta edad, en presencia de todos, diciendo que le castigaba ligeramente por ser la primera vez y porque el niño había confesado francamente su falta; pero que si tenía la desgracia de volver a cometerla, su padre sería más severo. Esta correc-

ción, aplicada tan oportunamente, fué tan provechosa al niño, que en lo sucesivo nunca volvió a tomar nada sin permiso, ni fruta siquiera de la huerta o del campo.

El niño San Pascual Bailón

Nació en Torrehermosa (Aragón), el día en que la Iglesia celebraba la Pascua de Pentecostés, y en el bautismo le fué puesto el nombre de Pascual por haber nacido en ese santo tiempo. Su piadosa madre supo inculcarle desde muy niño la devoción a la Santísima Virgen y al Santísimo Sacramento. Pascual, apenas pudo afirmar los pies en el suelo, dirigió sus pasos a la iglesia, donde tenían sus padres, cuando le echaban de menos, la seguridad de encontrarle, o postrado de rodillas ante la imagen de Nuestra Señora, o en la misma reverente actitud delante del Sagrario. Su actitud en el templo edificaba a cuantos le veían; y el cuidado que ponía en todas las prácticas de devoción era tan grande, que Isabel Jubera, que era su madre, poseída de esa satisfacción tan común en las madres cuando ven hacer bien alguna cosa a sus hijos, solía decir a sus convecinas: «Poned atención en lo bien que hace mi pequeñuelo la señal de la cruz y en la devoción con que reza las oraciones.»

Su padre, modesto colono del monasterio del Císter, de Puerto Regio, no podía permitirse el lujo de tener criados para apacentar los rebaños que constituían el patrimonio y el dote de su mujer. Encargó, pues, a su hijito el cuidado de un hato de ovejas y cabras, dándole las instrucciones correspondientes para que no se le extraviase ninguna ni entrase a pastar en propiedades de sus convecinos; y cuando Pascual estuvo bien aleccionado, condujo su ganado al campo, comenzando de este modo su vida pastoril. Todo lo que tenían de pacíficas y dóciles las ovejas, tenían de levantiscas y desmandadas las cabras, que no obedecían a su voz, y con frecuencia se encaramaban a lugares donde Pascual, a causa de su poca edad, no podía trepar

para vigilarlas. Esto le causaba mucha aflicción; y movido por el temor de volver alguna noche a su casa sin todo el rebaño que se le había encomendado, suplicó a su padre con lágrimas en los ojos, que no le obligase a guardar juntas las cabras con las ovejas. La corta edad de Pascual justificaba su petición, y su piadosa madre cuidó de que de allí en adelante sólo tuviese a su cargo a las ovejas, con las que el pastorcillo se acomodó más fácilmente.

Los pastores de más edad que él se burlaban de lo que ellos llamaban sus mojigaterías, y aun llegaban al extremo de multiplicar sus palabrotas por el gusto malsano de ver afligido a Pascual. Poco tiempo después, fijó Pascual como lugar para apacentar su ganado las cercanías de un santuario dedicado a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de la Sierra; con lo cual, al mismo tiempo que proporcionaba el necesario pasto a sus ovejas, se lo daba él a su alma con la facilidad de visitar en aquel modesto templo a la Reina de los cielos.

Todos los días hacía un ramo de flores silvestres, que se apresuraba a ofrecer a la Virgen. Talló en su cayado un tosco crucifijo, y ató a él una imagen de la Virgen María; y clavándola en tierra, se postraba de rodillas ante ambas imágenes para rezar sus acostumbradas oraciones. No sabía leer, y buscó a un compañero que le enseñase a conocer las letras y a juntarlas; y de este modo, con un devocionario que se proporcionó, fué poco a poco ejercitándose en la lectura. Para aprender a escribir empleó un procedimiento análogo. Con los papeles en blanco que encontraba, formó un cuaderno; de una caña hizo una pluma; con madera se fabricó un tintero; la tinta se la proporcionó de limosna; y procurándose algunos papeles manuscritos, copió sus letras; y de este modo es como llegó a saber escribir. Pascual se dedicó también a fabricar rosarios, valiéndose de juncos que anudaba de trecho en trecho para formar las *Avemarías*, haciendo nudos más gruesos para los *Paternóster*; y cuando había formado los cinco dieces con sus *Padrenuestros* correspondientes, anudaba el junco por sus extremos haciendo una especie de lazo a modo de cruz para completar los rosarios, que se complacía en distribuir entre los demás pastores.

La educación de una madre cristiana

Margarita, madre del venerable P. Juan Bosco, se consagró toda entera a educarle con todo esmero; y en cuanto descubría cualquier defectillo, corregíalo al punto con ese tacto que sólo poseen las madres cristianas.

«Era una hermosa tarde de verano; y yo — cuenta Juan Bosco — que sólo contaba cuatro años, salí a dar un paseo con mi hermano José. Cuando volví, veníamos cansados, pero sobre todo sedientos. Mi madre trajo agua y dió primero a José. Yo, viendo aquella especie de preferencia, cuando llegó mi turno, me mostré resentido y no quise beber. Ella, sin decirme nada, tomó el jarro y le puso en su sitio. Me mantuve serio algunos minutos; pero después dije con cierta timidez: Mamá. — ¿Qué quieres? — Deme usted un poco de agua. — Creí que no tenías sed. — Perdón, mamá. — Eso ya es otra cosa. — Y sonriendo me presentó un vaso de agua.»

Juan encontró un día en el tronco de un árbol un nido de curruacas y quiso apoderarse de ellas. El nido estaba muy adentro, en un hueco angosto y hondo. Metió el brazo y hubo de forcejear e introducirlo hasta el codo para conseguir tocar el nido. Pero cuando intentó retirarlo, ya no le fué posible; estaba preso, y el esfuerzo que hacía, le hinchaba las carnes. «No sabía — cuenta Juan Bosco — cómo salir de semejante apuro, cuando fuí llamado por mi madre, que trabajaba allá cerca. No puedo ir. — ¿Por qué no puedes venir? — Porque no puedo, que tengo el brazo metido en el hueco de un árbol.» La madre acudió al punto y le libró a duras penas. — Ahí tienes, Juan, un ejemplo de lo que pasa a los que se apropian lo ajeno: son víctimas de la justicia humana y divina.»

Cierto día rompió Juan una botella de aceite. El pobre niño quedó sumamente afligido; y creyéndose culpable, preparó una vara, y en cuanto vió a su madre en casa: «Tomad — le dijo —; merezco que me castigéis.» Lo dijo con tan inocente sinceridad, que su madre, satisfecha, castigó con un beso aquel descuido.

El Bautismo y la Eucaristía en los primeros siglos de la Iglesia

1. Los primeros fieles eran bautizados a orillas de los ríos, según las costumbres de San Juan Bautista, el Precursor. Más tarde hicieronse baptisterios inmediatos al agua, al lado de las iglesias parroquiales, con las que se comunicaban a veces por medio de pórticos. En las ruinas de la casa Prisca, en Roma, donde se cree que habitó San Pedro, se ve un capitel hueco; y la tradición dice que el santo bautizó allí con el agua que brotaba, y que en un principio estuvo consagrada al dios Fauno. Añádese que confería también este sacramento en una catacumba de la vía Salaria, en la que fué posteriormente sepultado. En medio del baptisterio, hallábase la pila, a la que se bajaba comunmente por siete escalones, indicando los siete dones del Espíritu Santo, y se conducía allí el agua de las piscinas por medio de canales. El papa León III reedificó el baptisterio de San Andrés, en cuyo centro se elevaba un cordero de plata que echaba agua por la boca.

2. La hostia consagrada era recibida en el hueco de la mano derecha bajo la cual se ponía la izquierda. Después de haber tragado la hostia, se bebía del cáliz que presentaba el diácono aspirando con una caña. En ciertas regiones de la cristiandad, se daban los restos de la comunión a los niños; los cuales, después del bautismo, recibían inmediatamente algunas gotas de vino consagrado. Estaba permitido llevar consigo la Eucaristía los días que no se consagraba, costumbre practicada especialmente por los ermitaños o bien cuando alguna persecución. El respeto introdujo la costumbre de recibirla en ayunas, costumbre sancionada por varios concilios.

Muerte de la Santísima Virgen

La leyenda, la poesía y el arte de la pintura han tomado por su cuenta el devoto misterio del tránsito feliz de la Santísima Virgen, para embellecerlo cada cual a su manera. Nos presen-

tan a Nuestra Señora sentada, muy llena de tristeza, en su cámara, los ojos arrasados de lágrimas, puesto el pensamiento en su amado Hijo, y levantadas las manos y su anhelante mirada hacia el cielo. Entra en su estancia un ángel, resplandeciente de luz celestial, que la trae el vestido con que la han de enterrar; y una palma como señal de que Dios viene ya para llevársela a su reino. Envuélvese ella en el fúnebre vestido y se tiende en el lecho por última vez. Milagrosamente reúnen allí, en un momento, junto al lecho de muerte, por mandato de Dios, todos los discípulos, venidos de lejanas regiones; y con ellos están también las santas mujeres, todos con señales de grandísima tristeza. La madre de Dios les dirige palabras de consuelo, y los apóstoles comienzan a desempeñar su sagrado oficio; unos rezan y cantan delante de un gran atril; otros ponen incienso en el turíbulo; San Pedro, revestido de mitra y capa de oro, lleva el hisopo, y San Juan pone en la mano de la Virgen la vela de los moribundos. María no podía recibir el sacramento de la penitencia, pero sí podía recibir todo aquello que causa aumento de gracia. Luego aparece Cristo, acompañado de ángeles y santas vírgenes. Antes de partir de este mundo, implora la Madre gracia para todos los mortales que se encomienden a ella; y el Señor le promete mostrar su misericordia en favor de todos aquellos por quienes ella le ruegue. Y después exhala María suavemente su espíritu santísimo, al cual ven los discípulos salir volando hacia las manos del Señor, y cómo el Señor le recibe en sus brazos y se lo lleva al cielo. El sagrado cadáver no tiene señales de muerte, y de él se desprende muy agradable fragancia. Los discípulos lo ponen sobre unas andas y lo cubren con preciosos lienzos; y así lo llevan silenciosa y devotamente al lugar de la sepultura. Juan precede llevando una palma; cuatro discípulos conducen el féretro, y siguen los demás con admirable orden y compostura, elevando al cielo el canto litúrgico, al cual hacen coro los ángeles que van con ellos. Por fin, depositan el cadáver en un sepulcro cavado en la roca. Al tercer día vuelve el Señor, con el alma de su madre, y hace resurgir el cuerpo a nueva vida, diciendo: «Ven a mí, noble esposa mía.» Y se la lleva consigo al cielo. Comparece luego Tomás, demasiado tarde otra vez, y quiere a todo trance ver y honrar el sagrado cadáver.

Mas al abrir el sepulcro, ven que está vacío de lo que buscaban, aunque lleno de flores olorosísimas, y oyen al mismo tiempo cantares de ángeles que suenan desde el Cielo.

El niño San Tarsicio

La persecución contra los discípulos de Cristo arreciaba y la sangre de los cristianos corría en abundancia. Los que estaban en la cárcel esperaban con ansia recibir la sagrada Eucaristía; y corriendo peligro los ministros destinados a la distribución del cuerpo de Jesucristo, no se atrevían a llevarla a los prisioneros, por temor de caer en el poder de los satélites, que vigilaban día y noche. Estaba cierto sacerdote perplejo sobre cómo llevar la santa comunión a los que gemían en la cárcel, cuando se le arrodilló el angelical Tarsicio, de doce años, y le dijo: «Dame a Jesucristo y yo mismo le llevaré a los prisioneros». «Eres muy joven, le dijo el sacerdote admirado». «Mi juventud será mi salvaguardia, replicó el niño. ¿Creéis que seré débil llevando al que lleva al mundo? No me neguéis este insigne honor.» Y las lágrimas asomaron a sus ojos.



El sacerdote envolvió la Eucaristía en unos finos corporales

y luego en otro lienzo precioso, y la colocó en el pecho del joven héroe, diciendo: «No olvides, Tarsicio, el tesoro que se te confía, y acuérdate de que las cosas sagradas no deben ser entregadas a los perros, ni las margaritas a los cerdos. ¿Guardarás con toda seguridad los santos dones de Dios?» «Antes morir que entregar tal tesoro,» respondió el animoso joven. Y colocando el celestial depósito en su pecho, debajo de la túnica, hizo una reverencia y marchó. Puso todo su cuidado en no pasar por los puntos frecuentados por la aristocracia y por los barrios populares, llevando impresa en su rostro una gravedad muy impropia de sus tiernos años. Vióle acercarse una dama romana, y prendada de su belleza y dulce expresión, le detuvo, hablándole así: «Detente un momento, querido jovencito, y dime cómo te llamas y dónde viven tus padres». «Mi nombre es Tarsicio, y soy huérfano, contestó él; y sonriéndose añadió: no tengo más domicilio que uno, cuyo nombre no os sería muy grato». «Entonces, ven a mi casa, y allí tendrás cuantas golosinas quieras». «Gracias, señora; tengo un asunto importante que me lleva más lejos. Se me ha confiado el más sagrado de los deberes y no puedo diferir ni un solo instante el cumplirlo». «En tal caso, prométeme que vendrás mañana; mira, ésta es mi casa». «Si soy vivo, lo haré», contestó Tarsicio, dirigiéndole una mirada que indicaba la grandeza de su alma.

Partió el niño, y la señora le acompañó un largo trecho con la vista. Tarsicio, fijo su pensamiento más en la elevada misión que desempeñaba que en las ofertas de la matrona, seguía con paso algún tanto acelerado dirigiéndose a la cárcel; y al atravesar una gran plaza, topó con unos niños que acababan de salir de la escuela y estaban disponiendo sus juegos.

«No nos falta más que uno», dijo el que los capitaneaba. «¡Bravo! exclamó otro; ahí está Tarsicio, un amigo mío; buen muchacho y muy hábil para toda clase de juegos. Ven, Tarsicio. ¿A dónde vas, pues, con tanta prisa? No seas huraño y toma parte en nuestros juegos». «Ahora no puedo, Petilio, me es imposible de veras. Tengo un encargo de la mayor importancia». «Ya irás luego, exclamó Petilio, sujetándole con violencia. No sufro desaires y quiero que te quedes con nosotros». «Déjame seguir mi camino, dijo el muchacho en tono suplicante; te lo ruego». «No, no, replicó el otro. ¿Y qué es eso que tan cuidadosamente

ocultas en tu pecho? ¿Será alguna carta? En tal caso no temas que corra algùn riesgo por una detención de media hora.» Y entre los gritos de la turba de muchachos, le llevó la mano al pecho para arrebatarse el sagrado depósito. «Jamás, jamás», decía el santo niño levantando sus ojos al cielo. Porfiaba el otro con maligna saña; y para vencer su heroica resistencia, empezó a golpearle y a forcejear para hacerle separar sus cruzados brazos. Todo lo soportó con una fuerza que parecía sobrenatural, y sin quejarse; de modo que era la admiración de la turba infantil por lo raro del caso.

Pasó casualmente por allí un pagano que conocía a Tarsicio, quien viendo en éste una presa de poca importancia, no le hizo caso y continuó su camino. Brutalmente golpeado y bañado en copiosa sangre, fué socorrido por un cristiano llamado Cuadrado, que dispersó a la multitud de muchachos, y levantando al desfallecido Tarsicio, le preguntó con el mayor cariño: «¿Te han hecho mucho mal, Tarsicio?» «No pases ningún cuidado por mí, Cuadrado; toma los divinos misterios que llevo y ten cuidado de ellos.»

Levantó Cuadrado con sumo cuidado al niño, que descansaba la cabeza sobre los hombros de aquel soldado, pero sin apartar sus brazos y manos del sagrado tesoro, que apretaba contra su pecho. Acercósele una señora para ver de más cerca al niño que llevaba, y quedó sorprendida al reconocer al jovencito que poco ha había visto tan hermoso y tan amable. «¿Quién le ha desfigurado así? preguntó». «Señora, replicó Cuadrado, le han asesinado porque era cristiano.» Contempló la señora el rostro angelical del niño; y éste abriendo sus ojos, los fijó en ella con angelical sonrisa, y expiró.

Ella abrió entonces los del alma y abrazó la religión cristiana. Un sacerdote recogió el Santo Viático, y Cuadrado transportó el cadáver de Tarsicio al cementerio de Calixto, donde el papa San Dámaso compuso en su loor el siguiente epitafio.

Queriéndole a Tarsicio almas brutales
Arrebatarse de Cristo el Sacramento,
Dió de su vida el postrimer aliento
Por no entregar los miembros celestiales.

El fariseo y el publicano

Propuso Jesús a ciertos hombres que presumían de justos y despreciaban a los demás, la siguiente parábola:

«Dos hombres subieron al templo a orar. El uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto de pie, oraba de esta manera: «¡Oh Dios! gracias te doy de que yo no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana, y pago los diezmos de cuanto poseo.» Mas el publicano, puesto allá lejos, ni aun se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se daba golpes de pecho diciendo: «Sed propicio, Dios mío, a mí, pecador».

Yo os aseguro que éste volvió a su casa justificado, pero aquél no. Pues el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.»

El primer nacimiento

En el año 1223 propúsose San Francisco celebrar la Navidad de una manera como aún nunca había sido festejada en el mundo. Tenía en Greccio un amigo y protector, Messer Giovanni Vellita, que le había donado para él y sus compañeros unos peñascales cubiertos de arboleda, frente a la ciudad, donde quería se establecieran. Francisco lo hizo llamar a Fonte Colombo, y le dijo:

«Deseo celebrar contigo la fiesta de Nochebuena. Escucha cómo he pensado hacerlo. En el monte, cerca del convento, hay una cueva en las rocas; coloca allí un pesebre lleno de heno; también has de poner un asno y un buey, lo mismo que en Belén. Porque quiero festejar una vez siquiera, con toda solemnidad, la venida del Hijo de Dios a la tierra, y ver, con mis propios ojos, qué pobre y miserable quiso ser por amor a nosotros.»

Juan Vellita dispuso todo tal como San Francisco lo deseaba, y en medio de la santa noche, los frailes de Fonte Colombo y los

habitantes de toda la comarca acudieron a celebrar la fiesta de Navidad. Llevaban todos antorchas encendidas; y en torno al pesebre se apiñaban los frailes alumbrando con cirios, de modo que el bosque, bajo la bóveda fría de los robles, estaba claro como en pleno día. Fué celebrada la misa sobre el pesebre, que sirvió de altar, para que el celestial Niño, bajo la forma de pan y vino, descansara allí, como había reposado corporalmente en Belén. Hasta hubo un momento en que le pareció a Juan Vellita como si un infante verdadero, que parecía muerto o adormecido, estuviera acostado en el pesebre. Acercóse a él Francisco y lo tomó amorosamente entre sus brazos, con lo cual despertóse el Niño, sonrió a fray Francisco, y con sus manitas tiernas acarició las barbudas mejillas y el hábito grosero del fraile... Pero esta aparición no maravilló a Messer Giovanni, pues Jesús había estado como muerto o dormido en muchos corazones; y fray Francisco, con su palabra y su ejemplo, había resucitado al Niño divino o lo había despertado de su sueño.

Cantado el Evangelio, adelantóse Francisco, con vestidura de diácono, y trató del Niño Jesús. Con palabras que vertían miel, habló del pobre Rey nacido en aquella noche, del párvulo de la ciudad de Belén.

Después, en el lugar del pesebre, fué consagrado un templo a Dios; y en honor al santísimo padre Francisco, alzóse el altar sobre el pesebre, a fin de que donde los animales pacieron el pienso de heno, comieran en adelante los hombres, para salud de su alma y de su cuerpo, la carne del immaculado Cordero, nuestro Señor Jesucristo.

Un niño modelo

Se refiere de San Alfonso María de Ligorio un rasgo de virtud admirable y extraordinario en su tierna edad, que descubre tanto el candor de su alma, como el horror que tenía aun a la más leve sombra de culpa. Solían los Padres de San Felipe llevar

todos los domingos, después de vísperas, a los jóvenes de la Congregación de «Jóvenes Nobles» fuera de la ciudad por vía de recreo. Una vez, entre otras, los llevaron a la quinta del Príncipe de la Riccia, situada en el delicioso collado que se llama *Capodimonte*. Llegados allí, comenzaron los jóvenes muy alegres a divertirse con un juego inocente. Invitado Alfonso a tomar parte en él, se excusó diciendo que no conocía aquella manera de juego; pero importunado por sus compañeros, y uno de ellos, de más edad que los otros y más alterado al verse vencido por quien se había querido eximir del juego alegando ignorancia, profirió una palabra poco honesta. Al oírla, se ruborizó Alfonso, y tomando al momento un aire de dignidad superior a sus años: «¡Cómo! — exclamó — ¿por tan poca cosa se ofende a Dios? Tomad; no quiero a este precio vuestro dinero.» Dicho esto, arrojó al suelo la moneda.

La vara florida de San José

Según una piadosa leyenda de un libro antiquísimo, obedeciendo a una singular revelación en el santasantórum del templo de Jerusalén, ordenaron los sacerdotes que a semejanza de cómo en un tiempo Aarón fué elegido por Dios para sumo sacerdote, todos los jóvenes de la familia de David pusiesen ramas o varas en el umbral del santasantórum, y que aquél cuya vara reverdeciese y floreciese, y sobre la que bajase visiblemente el Espíritu Santo, fuese el esposo de la Virgen. Unicamente José, fuese por humildad o por amor a la virginidad, no puso ninguna vara, y no se verificó manifestación alguna por parte de Dios. A la demanda de los Sacerdotes, respondió el Señor que faltaba aún la vara de un hombre de la familia de David. Trajo, pues, José su vara, y al punto floreció. El Espíritu Santo bajó sobre la vara, y José fué el dichoso esposo de María. Este es el motivo porque se representa a San José frecuentemente con una vara florida en la mano, sobre cuya extremidad se ve también reposar el Espíritu Santo en antiguas pinturas.

Prudente consejo de Santa Teresa

Si yo hubiera de aconsejar a los padres, les dijera que en los primeros años tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor,

Así me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A ésta que digo, me aficioné a tratar: con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, aun me ponía en ellas. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces. Como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querrían escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguno y me parece me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pensamientos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñase a temer a Dios, fuera tomando fuerza el alma para no caer. Después, quitado este temor de todo, quedóme sólo el de la honra, que

en todo lo que hacía, me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

Magdalena, la pecadora

Un fariseo llamado Simón rogó al Señor que fuese a comer con él. Fué, pues, a la casa del fariseo y se puso a la mesa. Cuando he aquí que una mujer, una pecadora, trajo un vaso de alabastro, lleno de bálsamo, y colocándose por detrás a sus pies, comenzó a bañarlos con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, besábalos y los perfumaba con el unguento. Cuando vió esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: «Si este hombre fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es esta mujer, que es una pecadora.» Jesús le dijo: «Simón, tengo que decirte una cosa.» El respondió: «Maestro, dí.» Entonces le dijo Jesús: «Ciertamente, acreedor tenía dos deudores. El uno le debía 500 denarios y el otro 50. No teniendo ellos con qué pagar, a ambos les perdonó la deuda. ¿Cuál de ellos le amará más?» Respondió Simón: «Entiendo que aquél a quien más se perdonó.» El le dijo: «Has juzgado rectamente.» Entonces, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me has dado agua con que lavar mis pies; mas ella me los ha bañado con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo; ésta que ha entrado, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza; ella ha ungido mis pies con bálsamo. Por lo cual te digo: Que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho. Que menos ama aquél a quien menos se le perdona.»

Dijo entonces a la mujer: «Perdonados te son tus pecados.» Y los convidados comenzaron a decir: «¿Quién es éste que hasta los pecados perdona?» Mas él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado; vete en paz.»

Una madre viuda da a Jesucristo por padre a su hijito

Muy pronto se vió la cristiana madre del niño Clemente (1) sometida a una dolorosísima prueba. A los cuarenta y siete años de edad murió su esposo, quedando María Steer privada de su apoyo, y cargada con la crianza y educación de una hija y cuatro hijos. Clemente María apenas si contaba a la sazón siete años. Pero no la desconcertó esta amarga tribulación, persuadida como estaba de que el Señor del Cielo no abandona a la viuda y a los huérfanos que en El ponen su confianza.

Abrazóse María generosamente con la carga que Dios había colocado en sus hombros, y se resignó a llevarla con la abnegación propia de una madre verdaderamente cristiana. Mientras que trabajaba para hacer frente a las necesidades de la familia, no descuidaba los deberes que le imponía su cargo de madre; y haciéndose toda para todos sus hijos, desplegó un celo y diligencia especial en la educación de Clemente; pues un instinto secreto, que Dios sabe depositar en el corazón de las madres de los santos, le hacía presagiar los destinos a que estaba llamado aquel inocente niño.

Apenas había pasado a vida mejor el padre de nuestro santo, María, su madre, tomándolo entre los brazos, lo llevó delante del Crucifijo de familia; y allí, arrodillada ante la imagen del Salvador del mundo, le habló así: «Mira, hijo mío; de aquí en adelante éste será tu único padre; procura seguir sus pasos y llevar una vida conforme a su voluntad santísima.»

Estas hermosas palabras, salidas de un corazón caldeado por la fe y el amor divino, y pronunciadas en tan solemnes circunstancias, jamás se cayeron de la memoria de Clemente, y se grabaron en su corazón con caracteres indelebles.



(1) San Clemente María Hofbauer, rel. Redentorista, muerto en 1820.

Clemente, monaguillo

Todos los domingos iba Clemente María a la catedral de San Esteban a ayudar una o dos misas; de esta manera se sirvió el Señor para sacar a nuestro estudiante de la precaria situación en que se hallaba.

De ordinario asistían a la misa ayudada por nuestro santo, tres hermanas de elevada posición en la sociedad de Viena: María, Teresa y Catalina Maul. Aconteció que un domingo, al salir de la Catedral, comenzó a caer una lluvia torrencial, que impedía a las tres piadosas hermanas volver a casa. Advirtió Clemente el contratiempo que la lluvia les causaba; por lo cual, acercándose a ellas, con gran modestia y cortesía, les preguntó si deseaban un coche para volver a casa; y adivinado su pensamiento, se lanzó a la calle, sin que le atemorizase lo recio del temporal, para buscar el deseado carruaje. Prendadas quedaron las tres hermanas de este acto de generosidad del caritativo joven, y como primera muestra de agradecimiento le invitaron a tomar asiento en el coche. Durante el trayecto, le preguntaron si seguía los estudios en la Universidad y si pensaba hacerse sacerdote. «Este es mi sueño dorado desde mi infancia, pero la falta de recursos no me permite terminar la carrera de los estudios.» «Esto, nosotras lo remediaremos, contestaron a una voz las tres hermanas; si éste es el único obstáculo que te detiene, cuenta con nosotras.»

Desde aquel día pudo Clemente continuar sus estudios, pues sus caritativas bienhechoras no dejaron de socorrerle en todas sus necesidades.

Conversión de Francisco de Borja, marqués de Lombay

Cayó enferma la Emperatriz, esposa de Carlos V, de una aguda y casi repentina calentura. No fué servido el Señor que quedase más tiempo en este destierro aquella alma que tan rica

morada merecía en el cielo, y así la llevó para sí el primer día de Mayo de 1529.

Húbose de llevar su cuerpo a Granada para enterrarla en la capilla real, donde están sepultados los Reyes Católicos, sus abuelos. Mandó el Emperador a los marqueses de Lombay que acompañasen el cuerpo, y sirviesen a la difunta en aquella jornada, pues con tanta voluntad y cuidado la habían servido en su vida. Al Marqués se le encargó la jornada, y él la tomó, y fué con la Marquesa su mujer y otras señoras, criadas de su Majestad, acompañando el cuerpo con gran valor, liberalidad y cordura. Llegaron a Granada, y al tiempo de hacer la entrega del cuerpo de la Emperatriz, destaparon la caja de plomo en que iba; y descubrieron su rostro, el cual estaba tan desfigurado, que ponía horror a los que le miraban: no había ninguno de los que antes la habían conocido que pudiese afirmar que aquella era la figura y rostro de la Emperatriz. Antes el marqués de Lombay, habiendo de consignar y entregar el cuerpo, y hacer el juramento en forma delante de testigos y escribano, que aquél era el cuerpo de la Emperatriz, por verle tan trocado y afeado no se atrevió a jurarlo. Lo que juró fué que, según la diligencia y cuidado que se había puesto en traer y guardar el cuerpo de la Emperatriz, tenía por cierto que era aquél y que no podía ser otro.

Apartáronse los demás de este espectáculo; pero el Marqués, con el particular amor y reverencia que siempre había tenido a la Emperatriz, no se podía apartar, ni desviar los ojos de aquellos ojos que poco antes eran tan claros y resplandecientes; y cotejando lo pasado con lo presente, decía en su corazón: «¿Dónde está, sacra majestad, el resplandor y alegría de vuestro rostro? ¿Dónde aquella gracia y belleza tan extremada? ¿Vos sois aquella Doña Isabel? ¿Vos sois mi Emperatriz y mi señora?» Dióle Dios con esta vista un vuelco tan extraño a su corazón, que le trocó como de muerte a vida; mandó luego cerrar y calafatear la caja y que se pusiese en su debido lugar, que fué al lado de sus abuelos los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel. Fué éste el día de su conversión.

Próspero

Era chiquito, jorobadito, derrengado, lamentable. Sus pobres miembros carecían de vigor, de color su cara. Al nacer, diez años antes de que yo le conociera, había dicho el doctor que asistió a su madre: «Este niño no puede vivir; su constitución es muy deficiente. No me sorprendería yo de tener que certificar su muerte mañana o pasado, al día siguiente cuando más». La madre desolada, después de oír al doctor, lloró silenciosa, oprimiendo al recién nacido contra su pecho. El padre, estrangulando su dolor, se alejó hasta un rincón y en él se puso fija y obstinadamente a mirar al suelo.

El padre y la madre del niño, constituían un matrimonio pobre de la ciudad. El tenía la profesión de mecánico y ganaba un buen jornal, lo que le permitía algún desahogo y comodidad dentro de su pobreza. Ella era operaria de una fábrica de bombillas eléctricas y contribuía con su salario al mejor sostenimiento de la casa. Cuando el niño iba a nacer, dejó su puesto de la fábrica. Cuando el niño iba a nacer, vino de la montaña una viejecita, sana y alegre, que era madre del marido. Cuando el doctor dijo: «Este niño no puede vivir», y la madre lloró, y el padre se retiró al rincón a mirar fija y obstinadamente al suelo, la abuelita exclamó: «Hay que bautizarle para que vaya a la gloria si Dios dispone que no pueda estar entre nosotros». Y como nadie replicó, la abuelita, aquella misma tarde, envolvió al recién nacido en unas tocas blancas y lo llevó a la iglesia. En la iglesia, el niño recibió las aguas del bautismo. En el bautismo el niño recibió el nombre de Próspero.

Cuando al día siguiente vino el doctor, observó al niño y repitió: «Este niño no puede vivir. Su constitución es muy deficiente. No me sorprendería yo de tener que certificar su muerte mañana o pasado, al día siguiente cuando más». Y de nuevo gimió la madre, y de nuevo el padre se encerró en su silencio sombrío. La abuelita de la montaña acompañó al doctor hasta la puerta y afirmó para que él la oyera: «Habrá que alimentarle como si pudiese vivir». «Claro, claro. Yo creo que pese a todos los

esfuerzos, morirá; pero hay que alimentarle. Lo malo es, para mayor desgracia, que la madre tiene el pecho exhausto». El médico se alejó. La abuelita de la montaña cogió a Próspero y le puso en la boca un biberón. Un biberón que apuró el niño con tanto deseo como si no fuese a morir al día siguiente o al otro; al tercer día quizás.

Durante un mes, el doctor repitió día por día sus visitas y sus palabras. Durante un mes la abuela dió el biberón a Próspero a sus horas. Al cabo del mes dijo el médico: «No me sorprendería que este niño llegase a hombre y aun alcanzase la vejez». La madre, que no estaba en el lecho ya, sonrió esperanzada. El padre estrechó fuertemente las manos del doctor, agradecido a la noticia. La abuelita dió de nuevo el biberón a Próspero y dijo: «Hemos de proceder en peligro de muerte como si nuestra vida hubiese de ser eterna. ¿Quién conoce los designios de Dios?».

* * *

He aquí que a los seis años, Próspero, pequeño, jorobadito, derrengadito y lamentable, cometió su primer pecado. Su padre estaba en el taller. Su madre en la fábrica; su abuelita habíase vuelto a la montaña. Aquel día quedó Próspero al cuidado de una vecina que trabajaba sin cesar en una máquina de coser. La vecina estaba débil y enferma. La vecina no podía emplearse en trabajos fuertes ni ganar crecidos jornales. Su labor, aunque penosa, estaba muy mal recompensada. Y la pobre tenía que poner límite a la alimentación y exceso a la jornada.

El día que Próspero quedó al cuidado de la vecina pobre, ésta había preparado su comida. La comida de la vecina consistía en un potaje de garbanzos y un gran tazón de leche. Durante toda la mañana estuvieron los garbanzos cociéndose a la lumbre, al calor de un ascua tímida. Durante toda la mañana estuvo la pobre mujer trabajando y levantándose de tiempo en tiempo para vigilar su alimento. Al filo de la una, el potaje comenzó a esparcir un sabroso olor. Al filo de la una, la mujer puso la leche a la lumbre, y una vez cocida, la dejó enfriar, la azucaró ligeramente y sumergió en ella unos mendrugos de pan. Realizada esta operación, volvió a su trabajo.

Próspero, que jugaba en la cocina, consideró que aquella comida, que esparcía tan delicioso olor, debía ser apetitosísima. Verdad es que su madre ponía muchas veces garbanzos en la mesa y que no siempre los encontraba de su gusto; pero aquéllos de la vecina pobre debían ser de otra clase, de otra calidad superior, para excitar, como excitaban, el deseo de comerlos. Acaso todo consistía en las patatas. Quizá en el bacalao. A Próspero, oliendo la olla, se le dilataba la nariz, y el agua se le venía a la boca, pensando en el festín que se daría gustándola la vecina pobre.

Si mucho le atraían los garbanzos, el plato de leche sopada le tentaba extraordinariamente más. Y se pasó un gran rato contemplándolo, sin lamentar otra cosa que no tener en los labios un gran imán que atrajese hasta ellos el riquísimo postre. Cuando se convenció de que la leche sopada no subía espontáneamente a su boca, Próspero se decidió a ayudarla con la mano a hacer el trayecto. Todo sería echar la culpa al gato. Y en efecto, se dió tal prisa y dejó el plato tan apurado, que el gato tuvo que cargar con la culpa. Así fué el pecado.

Ocurrió que la vecina pobre fué prudente y buena, y fingió que creía la historia del gato y no dijo nada a la mamá de Próspero. Ocurrió que la pobre vecina, aquella tarde, porque Dios lo tenía dispuesto así, sufrió un mareo; y del mareo le vino un ahogo, y en el ahogo se acabó su vida. Ocurrió que cuando la mamá y el papá del jorobadito velaban, con otras vecinas, a la muerta, no hacían más que decir: «De necesidad murió la pobre. Poco y malo lo que comía, ¿qué provecho le iba a hacer? ¿Qué energías podría cobrar para su trabajo incesante?»

Próspero, a quien habían encerrado en una habitación inmediata para que no sufriese viendo el cadáver, oía los comentarios. Y las lágrimas se cernían en sus ojos. Y el pesar y el remordimiento entraron en su alma de tal modo, que se arrodilló y rezó con estas palabras: «Dios mío, perdóname el pecado que cometí. Yo no sabía el mal que causaba. Perdóname, Dios mío; perdóname.» Cuando entraron sus padres a darle de cenar, Próspero no quiso probar bocado y confesó su falta. Su mamá le dió dos azotes muy fuertes. Su padre le miró severamente, y le dijo: «Hijo mío, has realizado una cosa grave; el pan de otro debe ser

sagrado. ¿Sabemos nunca si es su último pedazo de pan?» Próspero quiso disculparse: «Yo no sabía que se iba a morir tan pronto.» Y el papá replicó: «En la vida hay que conducirse como si todos fuéramos a morir tan en breve que no tengamos tiempo de corregir los males que hicimos.»

Yo conocí a Próspero cuando tenía diez años. Yo conocí a Próspero jorobadito, derrengadito y lamentable. Era un niño bueno y estudioso. Era un niño listo; y su alma era tan hermosa y transparente como raquíico su cuerpo y desgraciadas sus facciones

Martirio de Santa Inés

Vivía Roma encenagada en los más asquerosos vicios y entregada a las más repugnantes maldades; y en medio de un mar de iniquidades vino al mundo Inés, cerca el año 290 de Cristo, como un lirio que debía derramar el más grato olor en el jardín de la Iglesia. No puede saberse de fijo quiénes fueron sus padres; pero sí se sabe, por la tradición, que fueron de la primera nobleza romana y muy cristianos. Cuanto más se instruía en las máximas cristianas, más se la veía enamorada de su Jesús, y todas sus aspiraciones y pensamientos eran para Aquél a quien había escogido por esposo de su alma.

Cediendo Inés a las vivas ansias de su corazón, acababa de consagrar el lirio de su virginidad a su amado Jesús, cuando el joven Fulvio, hijo de Sinforiano, prefecto de Roma, prendado de las bellas cualidades que tanto recomendaban a Inés, se presentó a pedir su mano con un empeño tristemente fuerte. Sus padres, ora fuese por sus sentimientos altamente cristianos, ora por la tierna edad de Inés, que sólo contaba doce años, dieron largas a la petición del joven pretendiente. A las instancias de Sinforiano, responde Inés con santa calma que no puede admitir otras bodas por haber prometido fidelidad a otro esposo mucho más noble y rico que su hijo, y que sería un sacrílego desdoro el hablar más de tal asunto. Quería replicar el prefecto; pero la joven le interrumpió diciéndole que jamás retiraría la fidelidad prometida al

primer Esposo. Entonces Sinforiano, encendido en cólera, gritó: «Tú no escaparás de mi furor, y sea quién quiera tu esposo y por más noble que sea, cederás al poder del prefecto;» y lleno de despecho y confusión se retiró.

Perdíase Sinforiano en conjeturas sobre quién pudiese ser el afortunado amante de Inés, sin obtener resultado, hasta que un bajo adulador le hizo comprender que Inés era cristiana y tenía su virginidad consagrada a Cristo. El prefecto, con aquella cruel satisfacción con que el poderoso sin religión ni conciencia ve llegado el momento de aplastar al inocente, mandó una porción de fieros satélites a casa de Inés, con orden de conducirla ante su tribunal. Firme la jovencita en su fe y en conservar la virginidad, sigue a los esbirros con paso firme y rostro sereno. Llegada al tribunal, el prefecto trata de halagarla para que ceda; mas ella le contesta: «Sí, soy cristiana; Cristo es mi Esposo; a él sólo guardaré toda mi fidelidad; mi corazón es suyo; yo no puedo ni quiero convertirlo a otro objeto; desprecio tus dones y tus amenazas. Mis fuerzas, mi esperanza y mi vida son de Cristo, y El solo me basta...» Mandó encender una grande hoguera y arrojar a ella a Inés. Un grito de salvaje placer atronó el espacio; pero apenas la santa mártir es arrojada a las llamas, éstas se dividen en dos alas dejando intacta a Inés en medio, sin tocar ni uno de sus dorados cabellos, y continuando el prodigio de los tres jóvenes de Babilonia, embisten y devoran a los mismos verdugos y a muchos de los que contemplaban tan espantoso suplicio.

Lejos esto de convencer y calmar al pueblo, atiza más y más su encono gritando: «¡Muera la bruja; muera la infame cristiana!» La santa niña dirige sus miradas al cielo, y para dar gracias a Dios prorrumpe en esta oración, que leemos en las actas de su martirio: «Omnipotente, adorable, venerable, tremendo Padre de Nuestro Señor Jesucristo: yo te bendigo, porque por la virtud de tu Hijo unigénito me he librado de las amenazas de los hombres impíos y he pasado con planta inmaculada por entre las inmundicias del demonio. Y ahora vuestro Espíritu consolador me conforta con voz celestial; el fuego se apaga a mi alrededor, las llamas se dividen, y el ardor de este incendio se echa sobre los que lo han encendido. Bendígo te, Padre glorioso, porque aun entre las llamas me permites que venga a Ti. Bendito seas, pues ya veo

al que deseaba; ya poseo al en quien esperaba; ya abrazo contra mi pecho al que tanto he deseado. Yo te confieso con los labios, con el corazón, y suspiro con todas mis ansias por Ti. Yo vengo a Ti, Dios mío, uno y verdadero, que con tu Hijo y Señor mío Jesucristo y con el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos.»

Terminada la oración, viendo el pueblo apagada la hoguera, redobla su furibunda gritería y blasfemas imprecaciones; y viendo el vicario Aspasio que el pueblo, fuera de sí, iba a precipitarse sobre la santa, ordena que muera a manos del verdugo. Alzó éste la espada para hierirla; tembló y perdió el color, y por fin se la clava en la garganta. Inés cae bañada de virginal sangre sobre la apagada hoguera, y su alma vuela triunfante al cielo con la duplicada palma del martirio y de la virginidad. La casta virgen triunfa en el cielo, en la celestial Jerusalén, donde es rey la verdad, es ley la caridad, y es vida la eternidad; así celebró sus bodas con el Cordero.

Quedó el cadáver de Inés abandonado en la plaza; y a favor de la noche acudieron sus padres, lo cubrieron de besos y lo trasladaron a una posesión suya, fuera de la puerta Nomentana.

Ocho días habían transcurrido desde la muerte gloriosa de Inés, cuando, estando sus padres y otros cristianos orando junto a su sepulcro en las tinieblas de la noche, vieron rasgarse éstas de repente, y envuelta en una deslumbradora gloria celestial apareció su querida hija Inés, rodeada de un numeroso acompañamiento de vírgenes, adornadas de ricas vestiduras de oro y plata y piedras preciosas. Inés se presenta a sus padres fulgurante de belleza y de gloria, teniendo a su derecha un cordero más blanco que la nieve; y los cristianos, sorprendidos de tan rara aparición, dieron gloria a Dios que tan espléndidamente exalta en los cielos a las almas más queridas. Luego, dirigiéndose a sus padres, les dice: «No me lloréis como muerta; alegraos más bien conmigo, porque estoy en posesión de un trono feliz, juntamente con todas estas mis compañeras, y estoy unida en el cielo con Aquél a quien en la tierra amé con todo mi corazón.» Y luego desfilaron todas y desaparecieron de los ojos de muchos espectadores atónitos.

Si a vosotros hubiera amenazado el prefecto con la hoguera,

¿no se hubiera estremecido vuestro corazón? Ciertamente. También Santa Inés debió temblar al ver las llamas y a los impíos paganos. Con facilidad hubiera podido libertarse de ellos, pero prefería ser descuartizada antes que cometer un sólo pecado. Pero se necesitaba una fuerza extraordinaria. ¿Pensáis que por sí la tenía Inés? Era una débil doncella. ¿Quién la hizo tan fuerte y heroica? Jesucristo puede hacer fuerte lo que es débil. También vosotros sois débiles, y los malos pensamientos y deseos son como un fuego que más tarde devora vuestro corazón; pero con la oración, Dios extingue esas llamas. Imitad en la práctica de las virtudes a Inés, para merecer igual gloria.

Amor a la pobreza de San Francisco de Asís

Con el fin de hacer desistir a su hijo de la vida pobre que llevaba, intentó el padre de Francisco una acción judicial contra él, y fué con su querrela al palacio episcopal, presentando su demanda ante el primer pastor espiritual de la diócesis. El obispo puso manos en el asunto, y en día y hora marcados, encontráronse ante él padre e hijo.

Desde el comienzo, se mostró claramente de qué parte estaban las simpatías del prelado. El motivo por el cual aconsejó a Francisco que devolviera a su padre el dinero que aún tuviese en su poder, no podía, ni mucho menos, ser grato para su padre. Díjole al joven: «Si es tu propósito consagrarte al servicio de Dios, restituye a tu padre sus tesoros, que acaso ha adquirido de manera ilícita; y no pueden, por lo tanto, ser empleados en bien de la Iglesia.»

Tales frases, dichas ante el numeroso auditorio, reunido allí para presenciar aquella sensacional contienda, entre uno de los varones más respetables de la ciudad y su alocado hijo, no eran a propósito, para inclinar al mercader hacia la indulgencia. Todas las curiosas miradas iban del padre al mozo, puesto al otro lado del Obispo, vestido aún con su preciosa ropa de escarlata. Sereno, pero con brillantes ojos, levantóse Francisco de su asiento y

vuelto al Prelado, dijo: «Señor, no sólo quiero devolverle su dinero, sino sus trajes». Y antes de que nadie pudiese alcanzar cuál era su intención, metióse en un pequeño aposento contiguo a la sala del juicio, de donde salió, instantes después, vestido sólo con una faja de cerda en torno a la cintura, y con todas sus ropas en las manos. Involuntariamente, púsose en pie el auditorio; el padre y Francisco estaban frente a frente; y con voz temblorosa de emoción, sin ver a ninguno de los presentes, como sumido en la vista de algo lejano, fué diciendo el mancebo: «Oíd todos, lo que voy a decir. Hasta ahora, llamé padre a Pedro Bernardone; mas en este momento le entrego todo el dinero y todos los vestidos que de él tenía, de modo que en adelante ya nunca más volveré a decir: ¡Padre Pedro Bernardone!, sino: *¡Padre nuestro que estás en los cielos!*

E inclinándose a tierra, puso Francisco a los pies del comerciante sus ropas de grana y lienzo fino, y junto con ellas un montón de dinero. Fuerte angustia pesaba sobre los circunstantes, de modo que muchos rompieron a llorar, y hasta el Obispo tenía los ojos llenos de lágrimas. Sólo Pedro Bernardone siguió sin inmutarse; con duro semblante, recogió del suelo vestidos y monedas, y salió de la sala, pálido de ira; pero sin decir palabra. Acercóse entonces el Prelado a Francisco, y tendió su mano sobre él, envolviéndole en los grandes pliegues de la capa, al tiempo que lo estrechaba contra su corazón. De aquel modo, Francisco vió cumplido su perenne anhelo, de ser por completo siervo de Dios e hijo de la Iglesia.

La leyenda de Lorelei

Cuéntase en una leyenda alemana que un joven, hijo de rey, bajaba por la corriente del Rhin en ruidosa compañía. Desde la navecilla, adornada de ricas flores, oíanse alegres canciones y estrepitosas carcajadas. De repente, desde la orilla del río, llega a ellos una voz dulce como la del canto de un ave, y tan seduc-

tora que conmovía el profundo silencio de la tarde. El joven la escucha embelesado, y con gran sorpresa sus ojos no descubren a nadie.

«Amigos, dice a sus compañeros de placer; ¿qué os parece si vamos a ver quién canta así?».

«Pero ¿lo piensa bien su Alteza?, le contestan éstos; es locura apartarnos de nuestro camino. ¿No conoce, pues, su Alteza la voz de la sirena? Esta se oculta detrás del promontorio, y trata de atraernos hacia un escollo que está a flor de agua y en donde se

estrellan las olas con violencia. ¿Ve su Alteza aquella línea de blanca osamenta que se divisa a lo largo de la orilla? Pues bien, aquéllas son sus víctimas.»

Pero el joven desoye tan prudente consejo, y pretende, contra la opinión de todos, seguir la voz seductora que le atrae al lugar de su ruina. Con mano febril empuña el timón y se encamina hacia la orilla. Sus compañeros que presagian la inminente catástrofe, se arrojan al agua y tratan de salvarse. El joven sigue adelante, fijos los ojos en el promontorio de donde

sale la voz hechicera, que en aquel momento baja la pendiente. La corriente que crece por momentos, le envuelve en el resalero de olas, y en el remolino desaparecen para siempre la navicilla y el incauto piloto. Entonces, satisfecha la sirena de su triunfo, lanza un grito salvaje que hiela de espanto a los supervivientes.

Pero he aquí que de pronto cambia la escena. Ha llegado la noche; una noche oscura, triste y sin estrellas. El cielo, encapotado, parece como cubierto de una gran mortaja. A lo largo de la orilla sembrada de osamentos humanos, percíbese un grupo de hombres que caminan guiados por la melancólica luz de sus an-



torchas. Visten tosco sayal, sujetado por un cinturón blanco. Con voz grave y lenta salmodian oraciones latinas. La sirena, aturdida por la visión de estos hombres misteriosos, cuya presencia en aquellos lugares parece un desafío, torna a turbar con su canto mágico el silencio de la noche. Sólo cuando su voz se vuelve más dulce y hechicera, caen de hinojos aquellos hombres y murmuran esta oración: «¡Oh Jesús, que en el desierto triunfaste del Tentador, no permitas que caigamos en sus lazos! — ¡Oh Virgen María, lirio de pureza, haz nuestra alma blanca como la tuya!» Y reconfortados por esta oración, vuelven aquellos hombres a proseguir más animosos su marcha. Tanta perseverancia infunde miedo a la sirena; pero, ¿será vencida esta vez?— Sí, vencida. Vuelve, temblorosa, a desandar la pendiente del promontorio; y por última vez ensaya sobre aquellos hombres el poder de su magia, y su canto es más seductor y armonioso. Pero ya su voz se altera por el temor; sus últimos acentos se mueren en lontananza, porque ha comprendido que tiene que habérselas con un poder sobrehumano, contra el que son impotentes sus hechizos. Su pecho exhala un último grito de rabia, que retumba como un trueno en aquella noche tenebrosa, y ella se precipita en el río desde lo alto del acantilado.

Esta sirena, inmortalizada por Homero, cantada en los poemas célticos y celebrada en las leyendas de todos los países, personifica el placer culpable, que arrastra al hombre a su perdición. Aquellos monjes, que triunfan de la sirena, son los que con el auxilio de Dios y de su santa gracia se sustraen a sus perniciosos efectos, que son a la vez la muerte del alma y del cuerpo.

Una lección

El rey Alfonso de Aragón se enteró de que sus pajes se sentaban a la mesa sin hacer oración alguna para dar las gracias al Señor, que les prodigaba sus beneficios. Resolvió darles una lección, y con este fin los convidó un día a comer. A media comida abrióse de repente una puerta y apareció por ella un desconoci-

do que, sin saludar a nadie ni pedir permiso, se sentó a la mesa y empezó a servirse de todos los manjares; y una vez terminada su comida, volvió a salir sin despedirse ni dar las gracias. Los pajes se miraban atónitos. Cuando el rey les preguntó: «Pues bien, ¿qué decís de la conducta de este hombre? — Pues, señor, decimos que no hemos visto nunca persona más insolente ni peor educada. — Pues vosotros, pajes de mi real persona, añade el rey con severo acento, obráis peor que él, porque hacéis para con Dios todos los días esto mismo que acaba de hacer este desconocido para con vosotros. Estáis disfrutando los dones que el Señor os ofrece, y nunca pensáis en darle las gracias.»

Cómo transcurre el día de la gallina

Amanece. Aún duermen los niños, pero en el gallinero ya todo es bullicio. El gallo acaba de lanzar un sonoro kikirikí y las gallinas se desperezan. Hay en la casa quien ha oído el canto del gallo. Es Elena, que les abre la puerta de la prisión, y todos, pollos, gallinas y gallo se trasladan al corral. El gallo se pasea por el corral, agita sus alas, estira el cuello, yergue la cabeza: observad el meneo de su cuerpo. «Pus, pus, pus», dice Elena al mismo tiempo que desparrama por el suelo, en medio del corral, restos de comida, trozos de cáscara de huevo, maíz, trigo, salvado amasado con agua. ¡Cómo se agitan, y picotean, y se afanan y callan! Pero ya han comido todos. Con orgulloso talante y gravedad desmesurada se pasea el gallo, y las gallinas le siguen, y entran por los sembrados, sin dejar un momento de picotear el suelo en busca de piedrecitas o de gusanos. Se esconden entre las plantas, escarban con fuerza la tierra, abren profundos hoyos en donde quieren descansar tomando el sol, y llegarían a causar serios destrozos en el huerto a no sacarlas de allí Elena.

Llega la tarde; y antes de ponerse el sol, ya duermen las gallinas en el gallinero, sobre unos palos atravesados, asidas fuertemente con sus garras, las piernas dobladas, y escondida la cabeza entre las plumas del pecho.

De las hormigas

¡Cuántas habilidades puso el Criador en un cuerpo tan pequeño!

Porque primeramente, siendo verdad que los otros animales comúnmente no tienen más cuenta que con lo presente, porque alcanzan poco de lo futuro y de lo pasado; pero este animalito, a lo menos por la obra, siente tanto de lo que está por venir, que se provee en el verano, como vemos, para el tiempo del invierno.

La segunda habilidad de las hormigas es, que sin más herramienta ni albañil que su boquilla, hacen un alholí o silo debajo de la tierra, donde habitan, y donde guardan su mantenimiento. Y aun este alholí no lo hacen derecho, sino con grandes vueltas y revueltas a una parte y a otra, como se dice de aquel laberinto de Dédalo, para que si algún animalejo enemigo entrara por la puerta, no las pueda fácilmente hallar, ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa, sacan fuera la tierra, y la ponen como vallados a la puerta de ella.

Cuando van a las parvas a hurtar el trigo, las mayores como capitanas suben a lo alto y tronchan las espigas, y échanlas donde están las menores, las cuales sin más pala ni trilla que sus boquillas, las mondan y desnudan; así de las aristas, como de las vainicas donde está el grano; y así limpio y mondado, lo llevan a su granero, asiéndolo con la misma boca, y andando hacia atrás, estribando con los hombros y con los pies para ayudarse a llevar la carga. Para lo cual, como dice Plinio, tiene mayor fuerza, según la cantidad de su cuerpo, que todos los animales. Porque apenas se hallará un hombre que pueda caminar un día llevando auestas otro hombre; y ellas llevan un grano de trigo, que pesa más que cuatro de ellas, y perseveran en llevar esta carga, no sólo todo el día, sino también toda la noche. Porque son tan grandes trabajadoras, que juntan el día con la noche, cuando está la luna llena.

Mas, ¿qué remedio para que el trigo estando debajo de la tierra no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte diera en

esto un hombre de razón, presupuesto que había de perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiera dar; mas sábelo la hormiguilla enseñada por otro mejor maestro. Porque roe aquella punta del grano por donde él ha de brotar; y de esta manera lo hace estéril e infuctuoso. Hecho esto ¿qué remedio para que la humedad (que es madre de la corrupción) no la pudra estando debajo de la tierra mojado? También tiene su remedio para esto. Porque tienen cuidado de sacar al sol su depósito en los días serenos, y después de enjuto lo vuelven a su granero. Y con esta diligencia muchas veces repetida, lo conservan todo el año. Otra admirable diligencia se escribe de ellas; porque no sólo se mantienen de grano, sino de muchas otras cosas, y cuando éstas son grandes, hácenlas pedazos para que así las puedan llevar.

Otra cosa se escribe de ellas admirable y es, que cuando andan acarreando sus vituallas de diversos lugares, sin saber unas de otras, tienen ciertos días que ellas reconocen, en que vienen a juntarse como en una feria para reconocerse y tenerse todas por miembros de una misma república y familia, sin admitir a otras.

Tienen también las hormigas muy limpio su aposento, así como las abejas, según adelante diremos. Para lo cual diré otra cosa no menos admirable que la pasada, y es, que ellas solas, entre todos los animales del mundo, entierran sus muertos. Y para esto, fabrican en aquel su soterráneo tres lugares distintos: uno en que ellas moran, y otro que les sirve de despensa, en que guardan la provisión de su mantenimiento, y otro que les sirve de cementerio, donde sepultan los muertos. ¿Quién creyera esto, si no se hubiera visto? De modo que entre cuantos animales Dios crió, sólo el hombre y la hormiga entierran a los muertos.

Cuéntase que estando una vez un insigne filósofo sentado en el campo, vió unas hormiguillas andar cerca de sí; y como filósofo y amigo de entender los secretos de la naturaleza, púsose a considerar lo que hacían. Y vió que unas hormigas traían una hormiga muerta, y llegándose a la boca de un hormiguero que allí parecía, estuvieron un poco esperando con su difunto, hasta que salió una, y las vió, y tornóse para dentro y yendo y viniendo algunas veces; finalmente vinieron otras, una de las cuales traía en la boca un pedazuelo de lombriz, y diéronlo a las que traían la hormiga muerta; y ellas entonces, recibido el porte de su ca-

mino, se volvieron; y las otras, reconociendo que la hormiga muerta era su hermana y de su compañía, la recibieron y llevaron consigo para darle su acostumbrada sepultura en su casa, guardando la fe debida a los hermanos en vida y en muerte. Puso este caso tanta admiración a este filósofo que comenzó a dudar, si tenían o no razón los animales que tales cosas hacían.

Vi una hormiguita que acababa de encontrar un grano de trigo. Quiso llevárselo y lo había intentado en vano. ¡Es el grano tan gordo y ella tan débil! ¿Cómo hacer? Se sube a un guijarro desde donde mira la campiña; interroga el horizonte como desde lo alto de una torre. Mira y vuelve a mirar. Ve por fin a dos de sus compañeras y corre a llamarlas. Lo que se dirían, no lo sé; pero se encaminan afanosas hacia el grano y lo arrastran hasta dentro de su diminuta cueva. Lo que no pudo hacer la una, lo hicieron las tres asociadas.

Niños, imitad a las hormigas, y como ellas, ayudaos los unos a los otros.

Cómo vengarse

Newton, profundo sabio que descubrió muchas y grandes cosas, cuando niño, era enfermizo y débil de cuerpo. Un muchachote robusto tuvo alguna cuestión con él. De corta inteligencia, y lo que es peor, de carácter altanero y poco noble, no halló más argumento para resolverla que el uso de sus puños; y el niño, vencido por la fuerza bruta, recibió sendos golpes, y con ellos el convencimiento de que en este terreno habría de salir siempre perdiendo. Humillado y apaleado, ¿procuraría tal vez darle un golpe a traición, o, delatándole, lograría que su maestro le vengara aplicando un castigo a su enemigo? Nada de eso hizo el niño. Más noble y más hábil, se puso a estudiar con afán, y al poco tiempo se distinguía como alumno genial, superior a los demás. Así es como se vengó Newton de su derrota en el terreno de la fuerza bruta; así es como humilló a su contrario, que había triunfado un momento. Su venganza fué espléndida, porque Newton es conocido, venerado, estudiado por la humanidad;

mientras que su infeliz contrincante, que sólo supo dar unos puñetazos, continuó siendo un hombre insignificante.

La almohadita del Niño Jesús

Era la víspera de Navidad, y en una lujosa estancia de cierto palacio de Madrid preparaban, un caballero y una señora, un *Nacimiento*. Era aquél un nacimiento a la española y a la antigua, con todos sus intrincados laberintos y todas sus graciosas impropiedades. Rocas de corcho y papel encolado, que sostenían un Belén de cartón: bosques de lentisco, ríos de cristal, chozas de paja, pastores y zagalas de barro, que bajaban por todas las veredas de la montaña, cargados de tortas, pavos y gallinas que ofrecer al Niño: rebaños de vacas y ovejitas que pacían mansamente en prados de serrín verde: bandadas de pájaros no clasificados en ninguna fauna conocida, perseguidos por cazadores que les disparaban sus escopetas, sin esperar a que Schwartz inventara la pólvora. Un devoto ermitaño hacía resonar la campana de su ermita tocando a misa, a media legua escasa del rey Herodes, que aparecía en la ventana de su palacio para contemplar la degollación de los inocentes; más lejos asomaba por la boca de un túnel un ferrocarril cargado de pavos, panderetas y zambombas; y allá, en el último término, se divisaba la brillante comitiva de los Reyes Magos, atravesando un puente, más atrevido que aquel famoso del Diablo, cuyos cimientos es fama que los echó este ilustre arquitecto, quedando hecho desde entonces jefe supremo de la francmasonería. Al pie de la montaña se hallaba la gruta, y en ella dormía el Niño Divino en su camita de pajas: a su derecha le contemplaba la Virgen arrobada, y a su izquierda le contemplaba también San José, apoyado en su florida vara. La mula y el buey se mantenían en el fondo a respetuosa distancia; y a la entrada de la gruta dos guardias civiles, de gran gala, ordenaban a la multitud de pastores que habían llegado ya, deseosos de adorar al Niño. En los aires, suspendidos de invisibles hilos elásticos que les imprimían un suave movimiento, veíanse gran número de ángeles, sosteniendo banderolas con letras de oro, que decían: *¡Gloria in excelsis Deo!*

Cantos de pájaro

Tengo yo un pajarillo
que el día pasa
cantando entre las flores
de mi ventana;
y un canto alegre
a todo pasajero
dedica siempre.

Tiene mi pajarillo
siempre armonías
para alegrar el alma
del que camina...
¡Oh cielo santo,
Por qué no harán los hombres
lo que los pájaros!

Cuando mi pajarillo
cantos entona,
pasajeros ingratos
cantos le arrojan;
mas no por eso
niega sus armonías
al pasajero.

Tiende las leves alas,
cruza las nubes
y canta junto al cielo
con voz más dulce:
«¡Paz a los hombres,
y gloria al que en la altura
rige los orbes!»

Y yo sigo el ejemplo
del ave mansa
que canta entre las flores
de mi ventana,
porque es sabido
que poetas y pájaros
somos lo mismo.

El león y el hombre

Cierto artífice pintó
una lucha, en que, valiente,
un hombre tan solamente
a un horrible león venció.

Otro león que el cuadro vió,
sin preguntar por su autor,
dijo: «Bien se deja ver
que es pintar como querer,
y no fué león el pintor.»

El pato y la serpiente

A orillas de un estanque
diciendo estaba un pato:
«¿A qué animal dió el cielo
los dones que me ha dado?
Soy de agua, tierra y aire:
cuando de andar me canso,
si se me antoja, vuelo;
si se me antoja, nado.»

Una serpiente astuta,
que le estaba escuchando,
le llamó con su silbo
y le dijo: «Seor guapo,
no hay que echar tantas plantas,
pues ni anda como el gamo,
ni vuela como el sacre,
ni nada como el barbo.
Y así tenga sabido
que lo importante y raro
no es entender de todo,
sino ser diestro en algo.»

Oración a San José

Bendito Patriarca,
 esposo de María,
 la reina de los cielos,
 la Virgen sin mancilla;
 tú, que en taller humilde,
 pasaste santa vida,
 otorga tu modestia
 al que ante ti se inclina;
 y a ejemplo de tu vara
 que floreció bendita,
 haz que con tus virtudes
 florezca el alma mía.

Cervantes

Pobre cuna le meció
 a la orilla del Henares,
 y orilla del Manzanares
 pobre tumba le encerró.
 Pobre la vida cruzó,
 pero la asombrada historia
 dirá, al honrar su memoria,
 que muriendo en la indigencia,
 dejó a España por herencia
 tesoros de aplauso y gloria.

El nacimiento del Niño Jesús

«¡Gloria a Dios!», sonó en el cielo;
 y apenas oye la voz,
 un ángel parte veloz
 y hacia Belén tiende el vuelo.

Acuden pobres pastores
 con pura y sencilla ofrenda;
 y mostrándoles la senda,
 brotan de la tierra flores.

Mientras clarísima estrella
 a los Magos se aparece,
 pero menos resplandece
 que del Niño la faz bella.

Por no turbar su reposo,
 calla la mar, calla el viento,
 y hasta el mismo firmamento
 sigue el curso silencioso.

El muchacho y el perro

Yendo un muchacho a la escuela
con el almuerzo en la mano,
cierto perro conocido
le fué siguiendo los pasos.
Hacíale zalamero
muchas fiestas con el rabo,
poniéndosele delante
y dando continuos saltos.
«Bien sé yo lo que tú quieres,
dijo risueño el muchacho,
picarón»; y al decir esto
le dió un mendrugo tamaño.
Doblaba el perro las fiestas,
multiplicaba los saltos
según veía que el niño
mendrugos iba arrojando.
Mas cuando vió que el almuerzo
del todo se hubo acabado,
entonces, rabo entre piernas,
alejóse más que de paso.

Como quien mira visiones,
se quedó el joven incauto
sin almuerzo y sin amigo.

*¡Pobre inocente, los años
le enseñarán que en el mundo
tan vil proceder no es raro!*

Letrilla

AL NIÑO JESÚS RECIÉN NACIDO

Soles claros son
tus ojuelos bellos,
*oro los cabellos,
fuego el corazón.*
Rayos celestiales
echan tus mejillas,
son tus lagrimillas
perlas orientales,
tus labios corales,
tu llanto es canción,
*oro los cabellos,
fuego el corazón.*

Madrigal

Pájaro venturoso:
tú, con dulce armonía,
llamas a tu amorosa compañía,
y ella responde a tu cantar sabroso
con regalado pico y ligereza;
sólo faltan oídos a mis voces,
y no tengo, cual tú, plumas veloces.
¡Oh pájaro felice!
¡Cómo tu canto dice
que te recompensó naturaleza!
La humilde compostura,
si te quitó saber, te dió ventura.

Los dos conejos

Por entre unas matas,
seguido de perros,
(no diré corría)
volaba un conejo.

De su madriguera
salió un compañero,
y le dijo: — Tente,
amigo, ¿qué es esto?

— ¿Qué ha de ser?, responde.
Sin aliento llego...
Dos pícaros galgos
me vienen siguiendo.

— Sí, replica el otro;
por allí los veo...
Pero no son galgos.
—Pues ¿qué son?— Podencos.

— ¡Qué! ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos:
bien vistos los tengo.

—Son podencos: vaya,
que no entiendes de esto.
— Son galgos te digo.
—Digo que podencos.

En esta disputa,
llegando los perros,
pillan descuidados
a mis dos conejos.

Los que por cuestiones
de poco momento
dejan lo que importa,
llévense este ejemplo.

Hércules y el carretero

En un atolladero
el carro se atascó de Juan Regaña:
él a nada se mueve ni se amaña;
pero jura muy bien: ¡gran carretero!
A Hércules invocó; y el dios le dice:
—«Aligera la carga, ceja un tanto,
quita ahora ese canto;
¿Está?» — «Sí, le responde, ya lo hice.»
—«Pues enarbola el látigo, y con eso
puedes ya caminar.» De esta manera,
arreando a la mohina y la roncera,
salió Juan con su carro del suceso.

*Si haces lo que estuviere de tu parte,
pide al cielo favor; ha de ayudarte.*

La canción de las madres

La canción de las madres
 es una delicada
 canción de besos...
 Breve canción que dura
 lo que los hijos
 en el regazo...
 Los hijos tiernos,
 ¡hermosos y fugaces
 como las flores!

Junto a la cuna
 cantan las madres;
 su canción es caricia,
 queja, suspiro...

Cantan... En el regazo
 tienen al hijo...
 ¡y en éxtasis lo miran!;
 cantan las madres.

Hermosos y fugaces,
 como las flores
 vuelan al fin los hijos:
 los unos a los cielos,
 los otros por la tierra.

El calor del hogar

Detén, golondrina, el vuelo
 y no abandones tu nido;
 puedes hallarle perdido
 si le vuelves a buscar.

Niña, así la que en el mundo
 de sus deberes se olvida,
 cuando vuelve arrepentida
 halla sin calor su hogar.

Décima

Admiróse un portugués
 al ver que en su tierna infancia
 todos los niños de Francia
 supiesen hablar francés.
 «Arte diabólica es,
 dijo, torciendo el mostacho,
 que para hablar en gabacho
 un fidalgo en Portugal,
 llega a viejo y lo hace mal,
 y aquí lo parla un muchacho.

Octava

Dichoso el corazón enamorado
 que en sólo Dios ha puesto el pensamiento;
 por El renuncia a todo lo creado
 y en El halla su gozo y su contento.
 Aun de sí mismo vive descuidado,
 porque en su Dios está todo su intento,
 y así alegre pasa y muy gozoso
 las ondas deste mar tempestuoso.

Noche de Reyes

Recogidas las botas
cama por cama,
y juntos los zapatos
cuna por cuna,
del Madrid silencioso
vi el panorama
una noche de Reyes
llena de luna.

Colocado en dos filas
en los balcones,
de mi tropa menuda
todo el calzado,
con los juguetes hice
varios montones
y quedó por edades
todo arreglado.

No era yo solo el padre
que trasnochaba;
cada balcón lucía
sus zapatitos;
desde el par elegante
que relumbraba,
hasta los más usados
y pobrecitos.

Cada uno con su obsequio,
caro o barato,
o el cartucho de almendras
y de piñones;
cada pequeña bota,
cada zapato,
con un par de esperanzas
y de ilusiones.

Tan sólo la guardilla
de Manolillo,
se verá sin regalos
por la mañana,

pues no tiene zapatos
el pobrecillo,
y no pudo ponerlos
en la ventana.

Sobre el ladrillo al sueño
quizás se entrega,
y en juguetes de fijo
no está pensando.
¡Sin trabajo su padre!
¡Su madre ciega!
¡Buena noche de Reyes
está pasando!

¡Casi todos los niños
sueñan gozosos!
¡El no espera sorpresas
de madrugada!
¡Esos Reyes de Oriente
tan generosos,
a los niños descalzos
no les dan nada!

¡Hijos míos queridos!
¡Niños mimados!
Benedicid de rodillas
vuestra fortuna,
que en la noche de Reyes
hay desgraciados
que no tienen juguetes
ni tienen cuna.

Llorad el abandono
de ese chiquillo,
que pasó suspirando
la noche entera;
subid a la guardilla
de Manolillo,
y llevadle un juguete:
¡uno siquiera!

El arroyo manso

Mira ese arroyo plácido, Florencio,
que fluye sin rumor y baña el prado,
Con su ejemplo enseñado,
haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

A dormir

Rendida por la lucha y la fatiga
de acarrear el generoso grano,
hacia su cueva, por el tallo ufano,
regresa, deteniéndose, la hormiga.

Bajo la mata de la verde ortiga
canta el grillo su trova de verano;
zumba el mosquito con sonido vano
junto a la cepa que su cama abriga.

Sobre el lago, la flor observa el cielo
retratado en el círculo tranquilo;
el murciélago aturde con su vuelo;
y cambiando de ramas y de asilo,
de la punta del álamo hasta el suelo
se descuelga la araña por el hilo.

La riña

Disputaron al salir de la comedia
por cierto pisotón, dos ciudadanos,
y se ponen los dos de vuelta y media,
y por último vienen a las manos.

— ¿Quién tiene la razón en esta fiesta?
preguntan en el corro que les ciñe,
a cierto espectador, y éste contesta:

— ¿Quién tiene la razón? El que no riñe.

Volver bien por mal

A un peral una piedra
tiró un muchacho,
y una pera exquisita
soltóle el árbol.
Las almas nobles,
por el mal que les hacen,
vuelven favores.

La música

Es la música el acento
que el mundo arrobado lanza
cuando a dar forma no alcanza
a su mejor pensamiento;
de la flor el sentimiento
es el aroma lozano;
es del bien más soberano
presentimiento suave;
es todo lo que no cabe
dentro del lenguaje humano.

El sudor del que trabaja

—Caballito que corres
uncido al carro,
dime, para que brille
tu pelo tanto,
¿cómo te las compones?
—¿Cómo? Sudando.

El camello y la pulga

En una larga jornada,
un camello muy cargado
exclamó, ya fatigado:
—¡Oh, qué carga tan pesada!
Doña pulga, que sentada
iba sobre él, al instante
se apea y dice arrogante:
—Del peso te libro yo.
Y el camello contestó:
— ¡Gracias, señor elefante!

La zorra y las uvas

Se cuenta que después del mediodía,
en ayunas, la zorra iba cazando;
halla una parra, quédase mirando
de la alta vid el fruto que pendía.
Causábale mil ansias y congojas
no alcanzar a las uvas con la garra,
al mostrar a sus ojos la alta parra
negros racimos entre verdes hojas.
Miró, saltó y anduvo en probaturas,
pero vió el imposible ya de fijo.
Entonces fué cuando la zorra dijo:
«No las quiero comer: *no están maduras.*»

